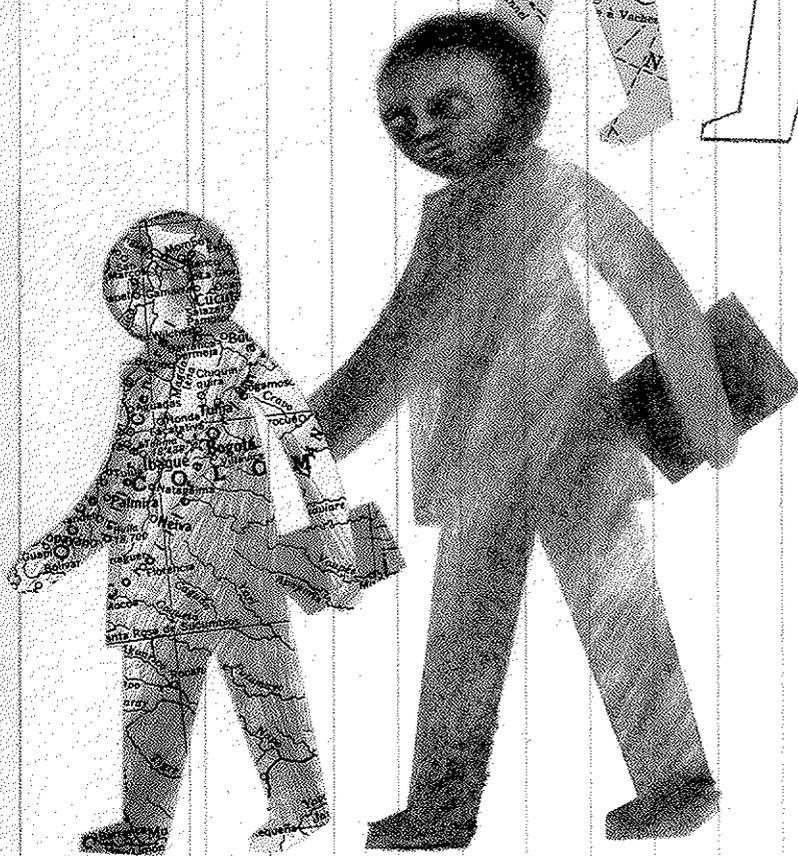


CUATRO TRAVESÍAS

Relatos de jóvenes
migrantes

Sergio Gómez
Marcelo Simonetti
Andrés Montero
Marcelo Guajardo





GRAN
ANGULAR

Cuatro travesías

Relatos de jóvenes migrantes

SERGIO GÓMEZ

MARCELO SIMONETTI

ANDRÉS MONTERO

MARCELO GUAJARDO



ÍNDICE

LOS EXTRATERRESTRES

SERGIO GÓMEZ

9

EL BARCO

MARCELO SIMONETTI

27

LO QUE NUNCA DEJAMOS ATRÁS

ANDRÉS MONTERO

41

ROCA EN EL AGUA

MARCELO GUAJARDO

61

LOS EXTRATERRESTRES
SERGIO GÓMEZ

Miss Aurora fue la primera que se enteró de lo de Chumpi. Bueno, lo sabía de antes o lo presentía. Con Cristóbal no pasaba nada de nada desde hacía tiempo, aunque él insistía en llamarme por teléfono, enviarme chocolates Varsoviene que se los comía Miriam, mi nana, agregaba unas tarjetas con frases en inglés y unos peluches horribles que me producían alergia. Peor, llegaba a la casa a ayudarme a mi papá con el auto, lo acompañaba a la feria o a cortar el pasto, cosas con las que creía que ganaba bonos conmigo. Mi mamá, en cambio, nunca se hizo problemas con los pololos que le llevé a la casa, le gustaban todos. Decir que llevaba novios suena como si hubieran sido miles. No más de tres de segundo a cuarto medio. En orden de aparición: Leandro, Adán y Cristóbal. Leandro, el primero, se fue a estudiar ingeniería comercial a Valdivia. Adán no le importó mucho, después pololeó con Dany, mi mejor amiga, aunque duraron poco, casi nada. A mí tampoco me importó, es decir, no lo consideré una traición de parte de ella; amigas son amigas.

Entonces llegó Cristóbal. Una vez me dijo que quería casarse lo antes posible, tener hijos, al menos tres y uno debería llevar su nombre. Estudiaba derecho en una universidad privada. Su papá era amigo del mío, íntimos, fueron juntos al colegio y se trataban con extraños apodos que daba un poco de vergüenza escucharlos. Éramos una pareja de película. Al principio, claro, me gustaba. Era alto, estupendo, jugaba rugby en el Stade Français. Recién salido de media, el papá le compró un auto, usado, pero solo para él, un Suzuki Nomade de color blanco. No es que me interesara por eso, no. Fue perfecto una semana, dos, tres, pero luego comprendí que me aburría un poco y luego que me aburría completamente. No tengo

idea de automóviles, menos de rugby o de esos negocios, que él llevaba vendiendo miel, aceites de exportación y vinos. Todo el tiempo lo escuchaba hablar de lo mismo, sin parar. De esa forma comencé a cansarme, también a echar de menos a Dany, porque, se sabe, los pololeos distancian a las amigas.

Lo que me encantaba de Cristóbal, en todo caso, era que le gustaba ir a un café cerca de la plaza Ñuñoa. Tomábamos cortado, lo que me hacía sentir grande, mayor de edad. En el asiento del Nomade dejaba un abrigo de hilo para ponerme encima y así no me vieran el uniforme del colegio. El café no estaba lejos de la casa, allí pasábamos las tardes cuando no teníamos nada que hacer o yo, al menos, no tenía que estudiar. Lo reconozco: me gustaba que me vieran con él. En ese mismo lugar, tomando un helado de chocolate con castañas, fue que le dije: Tengo algo que decirte más o menos serio. Se quitó y volvió a poner sus lentes de sol Silhouette que le quedaban increíbles. Lo tomó súper bien, bueno, al principio, sereno y comprensivo. Movía la cabeza y luego afirmaba, como si yo tuviera toda la razón: debía tomarme mi tiempo, lo comprendía, dijo. Me fue a dejar. Se despidió con un beso en la mejilla y una pregunta: ¿Qué va a decir tu papá de esto?

A mi papá le pareció tremendo. Mi mamá habló del destino. Miriam movió la cabeza, dijo que a mi edad ella andaba trabajando en el campo sin pensar en novios.

De esa forma volvió una cierta tranquilidad a mi vida. Digo "cierta", porque desde ese mismo día a Cristóbal se le borró su comprensión y serenidad. Enviaba correos y whatsapps a cada rato. Sus mensajes a veces eran incomprensibles. Copiaba y pegaba citas de Neruda, de Tagore y de Hermann Hesse, incluso se le olvidaba poner de dónde sacaba esas frases como para que creyera que él las había inventado. En otros correos rogaba que volviéramos. Sus mensajes terminaban en la esquina de la pantalla de mi computador, es decir, en el tiesto del basurero, el que sonaba bonito cuando se vaciaba.

El año en el colegio siguió normal. Sin pololo no tenía mucho que hacer los fines de semana. El único panorama era hablar dos horas por celular con Dany o ver con ella maratones de películas en las que actuaba James Franco. A Dany le gustaba ese actor, a mí no.

En clase de Lenguaje nos obligaban a leer libros, yo lo hacía sin problemas. Otros protestaban histéricos porque tenían muchas

páginas y otros porque los aburrían. Miss Aurora escribió en el pizarrón el nombre del próximo autor que leeríamos, en realidad era autora: Jane Austen. Nadie, me incluyo, la había escuchado nombrar. Nos enteramos enseguida de que Jane llevaba varios años o siglos muerta. Sus libros trataban de épocas perdidas, de damas y señores más o menos serios que nunca demostraban emociones y que andaban a caballo, o de mujeres con vestidos apretados amarrados con lacitos. Todo ocurría, por lo general, en una abadía o en una casa de piedra más chica que un castillo, pero elegante y refinada, con muchas habitaciones, casi como un hotel. Todo el mundo parecía feliz o solo desdichado porque no encontraba con quien casarse, viviendo sin electricidad, solo con velas y acostándose a las 8:30 de la noche. Creí que esa lectura sería aburrida, pero la novela me atrapó enseguida. En dos noches, en que llovió sin parar, la leí entera. Al final me emocionó: la escritora, un poco mayor que yo, imaginó todo aquello, escribiendo con una enorme pluma de ganso y un tintero, bajo una vela, en una noche de hace más de cien años, para que yo lo leyera otra noche, bajo la lámpara eléctrica con forma de Betty Boop del velador al lado de mi cama. Cuando llegué a contárselo a Dany, dijo que ahora solo tenía que repetirle la historia, así no perdería el tiempo leyendo el libro, el que, de todas maneras, tampoco pensaba leer porque descubrió que existía una película reciente basada en esa novela, con una actriz que le gustaba porque había sido polola de James Franco, aunque ahora no estaban juntos.

*

Al inicio del segundo semestre, a mitad de año, cuando leía a Jane Austen, fue que llegó Chumpi al colegio. Venía de una escuela clausurada, es decir, una escuela que no siguió por problemas económicos y porque en el invierno se llovió entera. A pesar de tratarse de una escuela pública, a sus alumnos los distribuyeron entre distintos colegios particulares de la comuna. No existía otra opción, de otra forma perderían el año escolar. El director nos advirtió que los nuevos venían de una escuela diferente a la nuestra. Trató de decirlo delicadamente para que no lo malinterpretaran, aunque entendimos perfectamente a lo que se refería. Nuestro colegio

haría un esfuerzo y los aceptaría, dijo. A mi curso finalmente solo llegaron dos alumnos nuevos. Uno era Chumpi. El inspector le pidió que se presentara adelante del curso. No tuvo ningún problema, se levantó de su puesto, dijo que su nombre era Héctor Chávez Quispe, pero toda su vida, en su casa, sus amigos y parientes lo llamaban Chumpi, y esperaba que no fuera de otro modo aquí. Nadie entendió si era una broma porque el sobrenombre o apodo no parecía decir mucho y sonaba raro. Acababa de llegar hace dos años a Chile, venía de Perú, junto con sus padres de esa nacionalidad. Agregó, sin que nadie le preguntara, que le gustaba Chile, no mucho Santiago, pero sí el sur, donde había estado acampando en el verano, al pie de un volcán y un lago. Esa fue su presentación completa. Quedamos atónitos. Dany, en el recreo, dio su opinión o repitió lo que pensaban algunos, no la mayoría, no creo, pero un número importante: tenía que ser peruano. Nada más. No sé si los demás la entendimos o la apoyamos, pero no protestamos o no dijimos nada, simplemente cerramos la boca. Me incluyo. No dije nada, a pesar de que la frase rasguñaba. Volví a casa y la seguí dando vuelta en mi cabeza. Después se me olvidó porque llegó la hora de la telenovela de las 8, la que nunca nos perdíamos con Miriam, quien siempre estaba en desacuerdo con los personajes, sobre todo con la protagonista, porque hacía justo lo que ella le decía que no hiciera.

Las primeras semanas para Chumpi fueron difíciles. Nadie hablaba con él. Daba vueltas por el patio, desorientado, sin atreverse. Trataba de unirse a algún grupo, pero rápidamente lo dejaban hablando solo. En todo caso pareció no importarle, seguía insistiendo, tratando de contar algún chiste o haciéndose desesperadamente el simpático.

Pero en los días siguientes, las ideas que teníamos sobre Chumpi cambiaron. Él mismo se fue ambientando y nosotros a él. Lo mismo ocurrió con el otro alumno nuevo que llegó. Siempre ocurría de esa forma. Dejó de estar solo en los recreos, conversaba y jugaba. Como sabía de fútbol logró amistades con los que se interesaban en ese tema. Con las mujeres era amable, atento. Me enteré de que le gustaba a Sofía, pero a Sofía le gustaban más o menos todos los del curso, incluido el profesor de Educación Física. Las cosas cambiaron definitivamente cuando miss Aurora interrogó a Chumpi sobre al-

gunas palabras que usaban en Perú, distintas a las que usábamos nosotros. Fue divertido escucharlas.

Más tarde, en el patio, lo rodeamos y volvimos a preguntarle, anotando y riéndonos de expresiones, que, pensándolo bien, resultaban igual de risibles que las nuestras. Así, rápidamente, aprendimos a hablar en peruano. Por ejemplo, supimos que "malograr" es echar a perder. "Chibolo" es niño. "Lechero" es tener suerte. "Carro" es auto. "Chamba" es trabajo. "Pata" es amigo. "Buenazo" es bueno. "Al toque" es altiro. "Chancar" es machacar. "Sayonara" es chala. "Parque" es plaza. "Lisura" es grosería. Y, por supuesto, una expresión de asombro que Chumpi ocupaba cuando algo, justamente, lo sorprendía demasiado: "Asu madre", la que, en todo caso, sonaba levemente peligrosa, aunque no sé exactamente por qué.

*

El segundo momento tenso con respecto al nuevo alumno llegó con el profesor de Historia. No era el profesor más querido de la media, en realidad, era el más odiado. Aunque, tal vez, el único problema era su mal humor. El señor Kraps parecía estar siempre enojado con quien se le cruzara por delante, incluidos, por supuesto, sus alumnos. Decía, en medio de su bronca con el mundo, que nadie respetaba a los profesores y que su sueldo era una miseria. A veces llegaba a clases sin ganas de trabajar, entonces solo leía el diario mientras nos dejaba conversar o jugar al bachillerato.

Miss Aurora era distinta. Se reía como si tuviera un chino en la cara, con los ojos cerrados; además era joven, al punto de que parecía alumna y no profesora. Me prestó otras novelas de Jane Austen para que las leyera, no por obligación o por tener que dar una prueba. Al segundo o al tercero de esos libros me di cuenta de que en la primera página aparecía siempre escrito un nombre: Juan Carlos. Cuando se lo pregunté se puso colorada, luego se rió bajito, después, un poco más seria, confesó que era su novio, con el que se casaría a fin de año. Fue ella, miss Aurora, quien, un día en que estábamos solas en la sala de profesores, quiso explicarme algo, pero solo para que comprendiera lo que ocurría. El señor Kraps pasaba por un mal momento, hacía dos años su mujer lo abandonó

llevándose a sus tres hijos a vivir a Chillán. Desde ese día estaba insoportable, un poco más de lo que era antes en todo caso. Ese era el motivo, repitió miss Aurora, no quería justificarlo, pero al menos debíamos tenerlo presente.

Cuando llegó el día no estábamos preparados, tal vez porque dejamos de pensar en Chumpi como alguien diferente por el hecho de venir de otro país, país que, en todo caso, parecía un pedazo de tierra que se extendía más allá del nuestro, con el que compartíamos más de lo que queríamos reconocer. En su clase Kraps nos informó que pasaríamos una unidad que a él, en particular, le fascinaba: la Guerra del Pacífico, una guerra de hace siglos que enfrentó a bolivianos y peruanos contra chilenos. Lo primero que se debía saber entonces de esa guerra, dijo, con cara de facineroso, era el ganador. Tuto, uno de los desagradables del curso, por supuesto levantó la mano y contestó: Chile. Observé a Chumpi al otro lado de la sala, tieso como poste, mirando hacia adelante. Kraps abrió el libro de la clase, buscó en la lista los nombres de los alumnos, fingiendo que los había olvidado o que le importaba poco o nada recordarlos. Encontró el que buscaba: Chávez Quilpe, ¿qué opina usted? Ese fue el momento, el que podría llamar mágico, o absurdo, o estúpido, o impulsivo, no de parte de Chumpi, Tuto o de Kraps. No. Mío, solo mío. Antes de que Chumpi respondiera, levanté la mano, o creo que ni siquiera eso, simplemente dije para que todos escucharan: "Nadie gana las guerras". Treinta pares de ojos se posaron sobre mí y no para celebrar mi ocurrencia, sino que para preguntarse por qué había abierto la boca. Kraps se giró. Escuchamos sus huesos crujir. ¿Cómo?, preguntó, dando pasos gigantes hasta el otro lado de la sala, donde estaba yo empuñada, casi derretida como cubo de hielo en la playa. Lo repetí bajito, sin ganas, sin aire, con cero entusiasmo y convicción. No pretendía ser original, de todas maneras me sonaba bien, razonable, y, principalmente, una frase bonita y justa. Dany, a mi lado, cerró los ojos cuando vio acercarse a Kraps. Cada una de sus zancadas era enorme. Cuando estuvo a mi lado acercó su cabeza, como un alien pegajoso, babeando líquido o saliva que quemaba. Creí que rugiría, pero se detuvo. Quedó paralizado y volvió a su escritorio. Esa unidad de Historia la desarrollaríamos, dijo, con trabajos de investigación, en grupos de cuatro o cinco alumnos, excepto el primer grupo que lo designaría él y que disertaría la próxima semana, ese grupo lo conformaría-

mos Chávez Quispe y yo. Luego, agotado, se fue a mirar por la ventana como pasaban los automóviles por la calle.

Traté de no encontrarme con Chumpi durante el día. Me fui rápido a la casa, sin esperar a Dany. No me atreví a contarle a nadie lo ocurrido, tampoco era grave o serio, pero tenía ganas de desahogarme. Entendí, aunque lo sospechaba desde hace tiempo, que Daniela Jara, Dany, mi mejor amiga, era distinta a mí. Eso me producía un poco de pena. Llegué a sentarme en la mesa de la cocina de mi casa, frente a una ventana que daba al jardín, a mirar las gazanias de distintos colores que plantó Miriam y mi mamá. Tomé un yogurt sin lactosa, comí un galletón de arroz y pensé un rato. Miriam me preguntó si me pasaba algo. Le conté lo ocurrido con Kraps, incluí mi frase para el bronce y la penitencia final. Miriam venía del sur, llegó a trabajar a Santiago hacía muchos años, sabía de la vida más que nadie, o, como ella decía: El que no ha sufrido como yo no sabe nada. Dobló un mantel y dijo: Tienes toda la razón.

Chumpi me detuvo en el recreo más largo, el de las 10:15. Nunca habíamos hablado, o al menos los dos solos. Lo primero que dijo fue gracias, por lo de ayer, te pasaste. Hice como si no me importara, como si mi vida de aquí en adelante sería defender causas ajenas. Dijo que el próximo sábado a él le acomodaba hacer ese trabajo. Ese día tenía salida con Dany, pero sería una buena excusa para hacer algo distinto. Nos encontraríamos en un lugar donde era fácil llegar, cerca del colegio, luego me entregó la dirección anotada en un papel.

Solo el sábado leí la dirección: era el patio de comidas de un mall. Me pareció extraño, nada que ver. Le pedí a mi papá que me fuera a dejar. La nota decía a las 4 de la tarde frente a una pizzería. Llegamos al mall, uno al que me gustaba ir con Dany, allí nos paseábamos por horas sin hacer nada, probándonos ropa que sabíamos que no compraríamos. Mientras subíamos por la escalera mecánica, le comenté a mi papá que Chumpi, mi compañero de curso, con el que debía hacer ese trabajo de investigación, era peruano. No sé porque se lo dije así, como previniéndolo de algo, pero, en realidad, no tenía ningún sentido. Mi papá respondió lo que correspondía: ¿Chumpi? ¿Ese es un nombre?

Nos sentamos en una mesa frente a la pizzería, en el lugar exacto que decía el papel. Un momento después se acercó uno de

los empleados con una bandeja. No lo reconocí enseguida sin el uniforme del colegio. Pero entonces vi su dentadura radiante. Era él. Trabajaba allí algunas horas los fines de semana. Sus padres se vinieron con poca plata al país y debía ayudar en su casa. A esa hora terminaba su turno en la pizzería. Le pregunté donde se suponía entonces que haríamos la tarea. Lo tenía pensado: a un paso del patio de comidas existía una biblioteca pública, en medio del mall, un lugar insólito, entre salas de cine y restaurantes. Tal vez no era tan mala idea, es decir, comprar y leer no era la misma cosa, más bien todo lo contrario, o como se dice: una flor en el desierto. Mi papá pareció conforme y encantado, dijo, okay, los dejo. Le dio la mano y Chumpi le regaló de vuelta una de sus sonrisas gigantes como puerta de circo.

En la biblioteca conversamos un poco, pero, principalmente, nos dedicamos al trabajo. Revisamos algunos libros de historia, también lo que le contaba su padre de esa guerra o cómo la estudiaban en su país. Por supuesto, coincidían poco. Todos los bandos tenían la razón, con argumentos, pero al final terminaban echándose la culpa a los otros. Al final encontramos un detalle que nos hizo sentido: si nadie ganaba una guerra parecía que siempre los que la perdían eran los más jóvenes, y justamente de eso se nos ocurrió que sería nuestro trabajo.

No contaré lo que escribimos con Chumpi, no quiero aburrir, solo un resumen de lo que expusimos frente al curso, frente a Kraps, que nos miraba con cara de pared de cemento. Eran dos historias, las contamos así, como dos cuentos y una conclusión. Elegimos, por supuesto, aquel combate en el mar, frente al puerto de Iquique, el más importante y famoso de la guerra. Una de las historias era la del oficial chileno más joven, Ernesto Riquelme, guardiamarina y bombero, que llegó a La Esmeralda justo el día anterior al combate y que se hundió con la corbeta, muriendo ahogado a los veintisiete años. La otra historia era la de Jorge Velarde, teniente segundo del Huáscar, arequipeño, que murió de tres balazos a manos de Prat cuando este abordó el acorazado. Velarde fue el único muerto ese día en el bando peruano, tenía veintitrés años. Fue eso, nada más, con una sola conclusión: dos jóvenes, dos sacrificados en una guerra donde nadie ganó nada. Cuando terminamos, el silencio era tremendo en la sala. Kraps pestañó como si tuviera un enjambre de moscas delante de los ojos. Esperó un minuto largo

antes de abrir el libro de clases donde comenzó a escribir. Nos miramos sin entender. Tuto hizo un gesto rebanándose el cuello con un dedo y riéndose como idiota. De pronto, Kraps cerró el libro de golpe. Suficiente, dijo, doy por pasada esta unidad de historia de Chile, seguiremos con otra distinta la próxima clase.

*

Las siguientes semanas y meses no pasó nada destacable.

Me fue mal en una prueba de Matemática. Bien en un control de lectura. Dany me invitó a una fiesta de su amiga Rebeca en La Reina, pero yo le dije que me sentía mal y no fui. Celebramos el cumpleaños de mi mamá con mariachis desafinados que contrató mi papá. Miriam, mi nana, recibió a su nieto de Boyeco, Novena Región, de apenas cuatro meses de vida, que nos pasamos de brazo en brazo como una muñeca. La telenovela que veíamos en la tarde se acabó, quedamos decepcionadas por el final. La nueva que empezó no nos gustó. Me inscribí en un curso de inglés los sábados por la mañana. Leí la última novela de Janes Austen que le quedaba por prestarme a miss Aurora. Y por sugerencia de ella compré con ahorros mi primer libro: *Cumbres borrascosas*, el que me encantó. Me inscribí en zumba en la municipalidad, pero duré solo la primera clase. Fui al cine a ver *12 años de esclavitud* con mi papá, que se durmió toda la función. Dany me invitó a otra fiesta, pero le mentí, le dije que estaba enferma. Una noche guardé para siempre la almohada de mi cama con forma de Patricio Estrella porque me pareció demasiado infantil. Lo otro que ocurrió fue que Chumpi vino a mi casa un domingo para invitarme a pasear por el Parque Botánico de Ñuñoa.

Llegó de pronto. Mi papá puso cara de detective privado cuando lo vio, pero no dijo nada. Mi mamá sonrió como actriz de cine de los años cincuenta. Mi nana cerró de un portazo la puerta de la cocina. Fuimos a caminar y a conversar al parque lleno de niños y nanas, mientras arriba en las palmeras las cotorras hacían lo mismo: conversar a gritos. Chumpi era bueno para hacer amigos, de esos ya tenía montones, incluso Tuto acababa de invitarlo a

jugar a la pelota. Lo que no tenía, o pocas, eran amigas, por eso tocó mi puerta.

Esa tarde le conté de esas novelas románticas, le expliqué lo que creía que significaban. También de la vida alucinante de las dos hermanas que escribieron *Cumbres borrascosas*, las que murieron jóvenes. Sentí confianza para hablar algo distinto, algo que no hablaba con nadie más. Chumpi pareció interesado, aunque advirtió que él no leía mucho, eso sí, le gustaba revisar el diario para enterarse de su nuevo país y de lo que ocurría en el mundo.

Más tarde, en el colegio, hablamos poco porque cada uno tenía sus amigos. Nos mandábamos notitas en hojas de cuaderno diciéndonos cualquier cosa, chistes o dibujos, calcomanías graciosas o recomendándonos alguna película en el cable.

Un día Dany dijo que quería hablar conmigo sobre Chumpi. Me llevó hasta el final del patio, donde hay un árbol, aunque no tengo idea de qué tipo será, pero sus hojas no se caen nunca, ni en otoño ni en invierno. Me preguntó directamente si me gustaba Chumpi, si andaba detrás de él. Le dije que solo era un amigo con el que conversaba, nada más. ¿Pero qué cosas puedes conversar con él? Preguntó en un tono denso. Le dije la verdad, aunque después me arrepentí, tampoco la culpa la tenía ella, pero no me aguanté: cosas que no converso contigo, le dije. Se quedó tiesa, como si la atravesara un rayo, entonces dijo lo que no quería escucharle, lo que rogaba no dijera nunca: pero si es un peruano.

Un sábado fui hasta el patio de comidas del *mall*. Calculé que Chumpi saldría a mitad de la tarde, así que aparecí a esa hora. Cuando el jefe me vio, le dio permiso para regalarme un pedazo de pizza con peperonni y un vaso de bebida. Nos morimos de vergüenza cuando dijo riendo: así atiendes a tu novia. El jefe tenía pinta de gerente, pero con apenas unos años más que nosotros. Después nos fuimos a caminar. No me acuerdo exactamente a donde, a un parque que seguía una avenida larga, interminable. En medio de la caminata me dijo que tenía algo para mí: acababa de terminar dos novelas de Jane Austen, las leyó a pesar del poco tiempo que tenía, las leyó por mí. Sentí un golpe eléctrico que me atravesó la garganta de emoción, supongo que también el corazón, no tengo para qué hacerme la fuerte, lo reconozco. Caminamos de vuelta, un camino larguísimo, pero que se nos hizo cortísimo, mientras comentábamos esas novelas. Cuando, finalmente, llega-

mos a la puerta de la casa, en la despedida, me dio un beso, cortito, en el centro de los labios. Nos quedamos en silencio, nerviosos, mirando para otro lado. Preferí entrar, antes le dije, chao, nos vemos el lunes.

El lunes tenía unas ganas locas de llegar al colegio. Pero también estaba nerviosa, me picaba todo el cuerpo. No sé por qué pero ese día apenas nos hablamos, en realidad tratamos de no encontrarnos, ni mirarnos siquiera. Regresé a casa caminando. Cuando llevaba dos cuadras, escuché a Chumpi detrás. Pasaban las micros por la avenida Irarrázaval y una lluvia finita comenzó a caer como si fuera nieve, es decir, como partículas en cámara lenta. Quería hablar contigo, explicarte lo del sábado, fue lo único que alcanzó a decir. Lo besé directo en los labios, sin avisarle, un beso largo o que al menos a mí me pareció larguísimo, de esos que mientras ocurren desaparece todo alrededor, las micros, la calle, la lluvia leve, la gente caminando.

Daniela Jara no me habló más. Se fue a sentar al otro lado de la sala. Se juntó con otros que no eran mis amigos, murmuraban cuando pasaba a su lado o se reían de Chumpi sin motivo.

*

Y un día llegué hasta su casa en Ramón Cruz, cruzando avenida Grecia, pasado el policlínico. Las calles de su barrio eran diferentes, llenas de extranjeros alegres, con los muros pintados y las veredas empolvadas de tierra. No sentí miedo como dijo Miriam que sentiría, al contrario. Eran casas pequeñitas, apretadas, de veredas estrechas, negocios de barrio, niños jugando, mecánicos arreglando autos en la calle.

La mamá de Chumpi acababa de regresar de la peluquería porque quería recibirme como correspondía. Preparó una chicha morada, la que era casi imposible de hacer en Chile, pero con amigos de La Vega se conseguía los choclos y otros ingredientes. Trabajaba en un centro de salud, en aseo. El papá tenía un trabajo distinto. A pesar de su título de ingeniero estaba trabajando en las nuevas obras del Metro que se extendían por la comuna. No recibía el mismo sueldo que un ingeniero chileno, dijo la madre, pero se

conformaban. Lo importante era ser agradecida, por eso ella no fallaba el último domingo de octubre siguiendo al Señor de los Milagros por el centro de Santiago.

El papá apareció un rato después. Comprendí de donde Chumpi heredó la sonrisa. Dijo de entrada que era hora de revelarme un secreto, ahora que era la novia de su hijo: Probablemente yo consideraba el sobrenombre de Chumpi algo inadecuado o, directamente, feo, si era así tenía toda la razón, no lo discutía, pero la culpa era de él, solo de él, así que me autorizaba desde ahora a llamarlo por su nombre: Héctor.

Desde niño al papá de Héctor le gustaba el fútbol. No podía vivir sin ir al estadio, aunque comprendió rápidamente que para jugarlo era un espanto. En Lima vivía cerca del estadio Lolo Fernández, a pocas cuadras de su casa, en Breña, por lo tanto su club, el de toda su vida, era el Universitario de Deportes. Por las tardes se daba vueltas por el estadio y a veces lograba colarse a ver los entrenamientos. Desde lejos vio alguna vez a la selección nacional de fútbol que entrenaba en esa cancha. De todos los jugadores su preferido, su ídolo, era un defensa: Héctor Chumpitaz, no había nadie mejor; jugó muchos años por los Cremas y por la selección, luego partió al extranjero y regresó a otro club antes de acabar su carrera. Retirado del fútbol estuvo metido en negocios turbios y fue a dar a los tribunales, pero eso no importaba. Para el papá de Héctor, en mitad de los setenta, fue su ídolo, el capitán del equipo y de la selección. Un día decidió no ir a la escuela y pasearse por el estadio. Pero llegó tarde al entrenamiento del equipo. Como no tenía nada que hacer, se fue a recorrer pateando piedras, imaginándolas que eran pelotas de fútbol. Entonces vio venir a Héctor Chumpitaz, el mismo, por uno de los caminos laterales del estadio, probablemente se dirigía al estacionamiento a buscar su automóvil o incluso a tomar locomoción; eran tiempos en que los jugadores no eran las estrellas que son ahora. El papá de Chumpi o Héctor, quedó petrificado. Lo vio acercarse sin nadie a su alrededor, como uno más, con un bolso colgando de un hombro, la cabeza baja, silbando, con las manos en los bolsillos. Se acercó casi temblando a hablarle, a pedirle un autógrafo. Chumpitaz le respondió que feliz se lo daba, pero no tenía lápiz ni papel. Miraron a todas partes. Estaban los dos solos, nadie más, ni un alma. Entonces, el "Capitán de América", como le decían, levantó los hombros, se rascó la cabeza y le dijo: Si

no hay lápiz ni papel vamos a cambiar el autógrafo por un apretón de manos. Eso fue lo que hicieron a continuación, se dieron un apretón de manos. El capitán, en todo caso, le pidió que no se olvidara de él cuando fuera grande y tuviera hijos. El padre de Héctor quedó impresionado y se prometió no olvidar ese encuentro. Cuando se casó y nació Héctor, le propuso a su mujer un nombre: Chumpitaz Chávez Quispe. Como era lógico, la mamá de Héctor dio un fuerte grito y se opuso terminantemente. El papá debió resignarse, consiguió que le aceptaran el primer nombre, Héctor, aunque aún creía que no era suficiente. Desde ese momento, cada vez que tenía la ocasión, llamaba a su hijo por el apellido del jugador, casi en broma, y cuando le pareció demasiado largo o su mujer protestó, lo redujo a Chumpi, de ese modo, por insistencia más que nada, todos se acostumbraron, hasta Héctor que nunca vio jugar a ese defensa y que incluso, aunque su papá se enojara, prefería el Alianza de Lima.

Héctor me fue a dejar a mi casa. Justo antes de llegar, mientras caminábamos por la vereda, vimos abrirse la puerta de un auto. Era Cristóbal y sus dos metros de altura. Tenía una risita desagradable en la cara. Me habló solo a mí, como si Héctor no existiera o fuera invisible. Dany me lo contó todo, dijo, tenía razón, ahora te gustan los cholos. Quedé de piedra. Héctor trató de decir algo, pero Cristóbal con una llave de jiu-jitsu lo inmovilizó. No tenía otra solución, me lanzaría a su cuello sin importar lo que ocurriera. Pero entonces, a solo un metro, vimos la cara de mi papá que observaba a Cristóbal como un entomólogo mira a un gusano a punto de abrirlo con una hoja de *gillette*. ¿Don Esteban, está enterado de esto?, reclamó Cristóbal soltando a Héctor. Mi papá tocó un piano imaginario con los dedos de una mano saltando a los dedos de la otra, y dijo: Cristóbal, espero que se te olvide este barrio y esta calle porque no te quiero ver más por aquí.

No tengo mucho más que contar. La vida siguió su curso, como se dice, siguió normal cuando se pone corazón, voluntad y entusiasmo. Ese año fue el último en el colegio, el mejor: de estudio, de sacrificios y de amistad. A veces nos peleábamos con Héctor, pero al poco rato nos reconciliábamos. Éramos jóvenes, como los tripulantes de La Esmeralda o del Huáscar, pero no estábamos en guerra, sino en un lugar mucho mejor.

Un día, sentados en un paradero, esperando locomoción, mirábamos pasar a la gente por delante. De pronto, Héctor se acordó de cuando llegó al colegio desde una escuela pobre, también de los primeros días en el país, cuando echaba de menos a sus amigos en Lima. Esos días y meses se sintió alguien diferente, como un extraterrestre. Eso se le pasó, dijo, cuando me conoció, cuando nos hicimos amigos y pololos, entonces sintió que el nuevo planeta no era tan extraño sino acogedor y que los extraterrestres eran los demás. Después de un rato de silencio quiso agregar algo más, pero se arrepintió porque se dio cuenta de que todo estaba dicho.

EL BARCO
MARCELO SIMONETTI

- ¿Cómo un barco?
—Un barco como cualquier barco.
—Pero, ¿dónde está?
—Acá, en el patio de la casa.
—¿Y quieres que te ayude a tirarlo?
—Sí, claro. Tú eres fuerte, Simón.
—¿De verdad que no es una broma, abuelo?
—Te lo juro por la mismísima Virgen del Socavón.

Una vez que cortó, Simón pensó que la conversación con su abuelo nunca había ocurrido. Hacía un año que no lo veía, desde que decidiera mudarse de La Paz para venir a estudiar a Chile. Incluso antes de eso lo había visto con cuentagotas, porque el abuelo de Simón era un tiro al aire, el loco de la familia, el descarriado, y saber dónde andaba y qué estaba haciendo era más difícil que ganarse el Loto. Su llamado había roto la quietud matinal de un domingo de invierno y había dejado sumido a Simón en el desconcierto total. ¿Qué había querido decir el abuelo con que necesitaba su ayuda para tirar el barco? ¿Cómo era eso de que lo tenía en el patio de su casa? ¿Qué hacía su abuelo en Chile?

Ayudado por la llovizna dominical, Simón volvió a los días de su infancia y al recuerdo de ese hombre que tenía el porte de las estatuas, la bravura de un león en celo y hambre de aventuras. Porque la oveja negra de los Mamani —como se refería la parentela cuando debían aludir al abuelo Melquiades— había seguido un derrotero imprevisto y difícil de descifrar que entrecruzó el sudor futbolero, la guerrilla revolucionaria y la regencia de burdeles, cuestiones a las que se entregó con una vocación casi religiosa.

El día en que supo que se había convertido en abuelo invitó a sus amigos a fumar habanos y llegó hasta la clínica con dos presentes para el recién nacido: la camiseta de The Strongest y un disco de los Rolling Stones.

—Cuando se convierta en un *pelao*, los va a necesitar —le dijo a su hijo, mientras lo acunaba en sus brazos—. Vas a ser como tu abuelo, Simoncito.

Así como apareció el día del nacimiento de Simón, volvió a desaparecer. Nadie sabía demasiado bien hacia dónde enfilaba sus pasos. Podría de igual manera haber partido a criar ovejas en la Patagonia o bien a ayudar en el cruce de mexicanos desde Tijuana a Estados Unidos. La abuela Dominga, que había sobrellevado con paciencia los excesos de su marido, se ocupaba de alimentar la leyenda de Melquiades contándole historias a su nieto. Era la única, porque el resto de la familia prefería hacer como si no existiera, como si fuera un mito, una invención. Los desmadres de Melquiades jugaban en contra de la impronta familiar: la de descender, aunque fuera de manera indirecta, del prócer de la patria, Eduardo Abaroa. Ese apellido, que el viejo Melquiades había hecho suyo por vía materna —y que sus descendientes se las habían arreglado para mantener por secretaría—, era una luz que los Mamani estaban dispuestos a mantener viva a cualquier costo.

A pesar de sus arrebatos, Melquiades Mamani Abaroa también lucía con orgullo esa descendencia heroica. No es que fuera por la vida desempolvando su árbol genealógico, pero apenas las copas lo desbordaban invocaba el espíritu de su ancestro y arengaba a sus contertulios para recuperar, más temprano que tarde, las tierras que los chilenos les habían quitado —Tocopilla, Cobija, Mejillones, Antofagasta, Calama— y el mar, sobre todo el mar.

A Simón esas reivindicaciones le parecían algo extemporáneas. No podía imaginar a toda su parentela y a los amigos que había dejado en La Paz vistiendo uniforme de guerra y tomando por asalto las ciudades que Bolivia había perdido casi siglo y medio atrás. Sin embargo, le encantaba contar a sus compañeros la historia de ese antiguo pariente suyo que en la batalla de Topáter había ofrecido —solo y con apenas un Winchester— dura resistencia contra cien chilenos. Y aunque la historia acababa mal, porque a Eduardo Abaroa finalmente lo habían abatido de tres disparos, su relato siempre terminaba entre aplausos una vez que repetía las palabras

que su tatarabuelo había proferido cuando lo conminaron a rendirse: "¿Rendirme? ¡Que se rinda su abuela, carajo!".

Intentó devolver el llamado. Hablar de nuevo con él para saber concretamente qué era lo que quería, a qué se refería con lo del barco y dónde debía ir para ayudarlo. Pero del otro lado nadie contestó. El tono daba ocupado y aunque Simón dejó un par de mensajes, su abuelo no volvió a telefonear.

—¿Cómo un barco? —le preguntó Mariana una vez que Simón le contó la historia.

—No lo sé. Te repito lo que me dijo.

—A lo mejor era una metáfora.

—Tal vez, pero créeme que mi abuelo sería capaz de haber traído un barco y tenerlo en el patio de una casa.

Mariana era chilena. Y desde un tiempo a esta parte se había convertido en la compañera inseparable de Simón. Recién había salido del colegio y le gustaba escribir. De hecho, se habían conocido en un taller literario. Hicieron buenas migas a partir de una serie de coincidencias difíciles de explicar: la vez que Simón leyó un cuento de gatos, Mariana había llevado un cuento de perros; el día en que Simón presentó un relato sobre unas *groupies* de los Rolling Stones, Mariana escribió un cuento en el que Mick Jagger las oficiaba de cantante de boleros. Pero también estaba lo otro, la conexión boliviana de Mariana. Había en ella una fascinación por el altiplano, esa tierra que estaba más cerca del cielo que ninguna otra. Desde que supo que su segundo nombre, Paqari —que significa "la que no envejece"—, era una palabra aimara, esa fascinación había crecido y quizá por lo mismo fue que terminó acercándose tanto a Simón.

—En una de esas se cumple la profecía.

—¿Qué profecía?

—La de tu nombre. A lo mejor nunca envejeces.

—¿Y quedarme así para siempre? No. Las canas y las arrugas son las medallas de guerra.

—Y lo dice alguien que tiene dieciocho años.

—Bueno, la frase es de mi taita. Yo solo la repito. Porque me gusta.

Se quedaron en el departamento de Simón. No salieron. Vieron la lluvia caer en la ventana, escucharon el último disco de Efecto

Mandarina y pensaron en el abuelo Melquiades, en lo que se traía entre manos, en lo que había querido decirle con el llamado.

—¿Viste *Fitzcarraldo*?

—¿Qué es eso?

—Una película en la que un hombre se obsesiona con hacer cruzar un barco por arriba de una montaña.

—Por un río que va por una montaña querrás decir.

—No, por una montaña que está llena de árboles. El barco no navega, son cientos de indios los que tiran del barco para hacerlo cruzar. En una de esas tu abuelo quiere hacer algo parecido.

—¿Y yo sería uno de esos indios?

Esa misma tarde vieron la película en YouTube. Sentados en el viejo sillón de terciopelo rojo, con una manta de polar que los protegía del frío y con el repiqueteo de la lluvia sobre los ventanales como música de fondo, se adentraron en la peripecia de ese melómano que quería llevar la ópera al corazón del Amazonas. La vieron en silencio, ilusionados por el destino de Fitzcarraldo y por la posibilidad que él les daba de sentir sus cuerpos uno al lado del otro. La película aún no finalizaba cuando la madre de Mariana la llamó por celular. Debía volver a casa, ya anochecía, y al otro día debían ir a dejar a su hermano mayor al terminal de buses porque viajaba al norte.

—Lo siento. Me tengo que ir.

—No te preocupes. Luego terminamos de verla. Te llevo al paradero.

Al amparo de un paraguas, recorrieron el trecho entre el departamento y la parada de buses. Cuando se despidieron, los labios de Mariana rozaron los de Simón. Pero ni el uno ni el otro tuvo la certeza de aquello. De regreso a casa, Simón se preguntó si de verdad ella lo había besado o solo era su imaginación. Y tras darle vueltas un buen rato concluyó que solo se lo había imaginado, que Mariana era demasiado bella como para fijarse en él.

Entonces, se sentó frente al computador para terminar de ver la película. Fitzcarraldo era tan parecido a su abuelo que esa noche se durmió convencido de que si Melquiades Mamani tenía un barco instalado en el patio de su casa, él iba a ayudar a tirarlo hasta donde su abuelo se lo ordenara.

Lo despertaron unos ruidos en la cocina. Miró el reloj: eran las nueve de la mañana. Pensó en el gato de la vecina que cada tanto

saltaba de una terraza a otra para luego deslizarse por el ventanal entreabierto. Sin embargo, esos ruidos no parecían hechos por un animal, o cuando menos, no por un animal tan delicado como un gato. Su sorpresa fue mayor cuando vio en la mesita de la cocina a su abuelo Melquiades tomando desayuno.

—¿Cómo está mi nieto favorito?

—Abuelo, ¿qué haces acá? ¿Cómo entraste?

—Para un boliviano que se precie de tal no hay obstáculo que le impida el paso, y eso corre también para las puertas. ¿Dónde tienes el azúcar?

Simón le alcanzó el azúcar y se sentó a oír lo que el abuelo tenía que decirle. Lo escuchó sin decir palabra, porque la historia que se traía entre manos era realmente increíble. Había estado navegando por el Amazonas, entrando y saliendo de unos pueblitos pequeños, ganándose la vida en los oficios más extraños. En uno de ellos había oficiado de crupier en un casino y ahí mismo había sido desafiado por un chileno que dijo ser un empresario minero. El chileno, de apellido Sarmiento, al ver que perdía una y otra vez en el póker, decidió desafiarlo a él en un mano a mano. Las reglas del casino impedían una tratativa de esa naturaleza, por lo que Melquiades Mamani se había excusado de participar de una apuesta como aquella. Sin embargo, el chileno lo esperó a la salida del casino y ahí mismo le dijo que si era tan machito que aceptara el lance. Y a Melquiades Mamani si algo le sobraba era la hombría. Comenzaron jugando suave y en ese plan Melquiades Mamani ganó una mano tras otra. No podía fiarse porque muchos apostadores jugaban blando las primeras manos y solo cuando apostaban fuerte se quitaban la máscara para descuerar a quien tenían en frente. Pero Mamani no se arredró y sobre la mesa puso todo lo que le había ganado al chileno más un reloj de oro que llevaba en su muñeca izquierda y un caballo de carreras que era muy guapo en pista de arena, pero que en el pasto no veía una.

—Para que veas que soy de verdad, chileno. Y tú, ¿con qué te vas a poner?

—Yo pongo sobre la mesa al *Conticinio*.

—¿Y qué es eso?

—Mi barco.

—¿Me tomas por un pendejo, chileno?

—Usted déjese de pendejadas y reparta las cartas.

Melquiades Mamani nunca pensó que el chileno hablaba en serio y tampoco pensó que de ganarle la mano —lo que finalmente pasó, ya que sobre la mesa un póker de ases era más que un trío de reyes—, el cojudo se iba a comportar como un gentleman y cumpliría sin chistar con lo que se había comprometido.

—¿Y ese barco es enteramente tuyo?

—Eso es lo de menos. Lo importante es que me acompañes. No una tarde ni un día. Tal vez sea una semana. Quizá meses.

—Pero estoy estudiando, abuelo.

—Hay cosas que las puedes hacer una sola vez en la vida. Te aseguro que un viaje como este, junto a tu abuelo, no lo vas a poder hacer nunca más.

El abuelo se despidió con un abrazo y le dijo que pronto tendría noticias suyas. Le pidió además que tuviera a mano la camiseta del The Strongest y también el disco de los Rolling Stones, que había llegado el momento de que se hiciera hombre. Y tras decir eso, Melquiades Mamani desapareció del otro lado de la puerta.

Por un momento, Simón dudó de la presencia del abuelo. Por un momento pensó que el episodio del desayuno pudo ser tan solo una aparición fantasmal, una ilusión. Aun así buscó entre sus pertenencias el disco de los Stones y la camiseta aurinegra.

Cuando le contó a Mariana la historia, vio cómo los ojos de la muchacha se encendieron. La inminencia de una aventura la ilusionaba mucho más que a Simón, al punto de que no se resistió a decirle:

—¿Te puedo acompañar?

—¿Te darían permiso?

—Hay cosas para las que no hay que pedir permiso.

—No lo sé.

—Vamos, anímate.

—Pero es que...

—Escucha el llamado de la aventura, Simón.

Pero la aventura no era algo que se le daba bien a Simón Mamani. Es más, sus estudios en Chile eran parte de un riguroso plan que había ideado su familia para que una vez que se recibiera pudiera volver a La Paz a hacerse cargo del negocio familiar. No tenía escapatoria, o mejor dicho, hasta ese momento Simón nunca se había planteado hacer algo diferente a lo que su familia había dictaminado. Desde un principio tuvo claro que le diría que no al

abuelo. Sin embargo, aquella noche prácticamente no pudo dormir. Y cuando lo hizo soñó algo extraño, porque él y su abuelo eran un solo ser fundido bajo el traje blanco de Fitzcarraldo, y juntos remaban para hacer avanzar un barco que navegaba montaña arriba sin ayuda del agua.

Fue un sábado casi de madrugada cuando Simón y Mariana llegaron hasta el lugar que el abuelo les había indicado. La lluvia había cesado y venía por delante una semana de sol. La sorpresa fue instantánea. El *Conticinio* estaba en la puerta de la casa, subido a un sistema de remolque, el que a su vez estaba adosado a una camioneta doble cabina que más que camioneta parecía un tractor. Era un yate bello, blanco inmaculado, con su nombre escrito en letras azules en la proa y un mástil que se elevaba al cielo como el cuerno de un unicornio. Las velas estaban plegadas en la cubierta. No hubo minutos para detalles ni explicaciones. Antes de las siete de la mañana, Melquiades Mamani, su nieto Simón y su amiga Mariana partían rumbo al mar.

Ya en la ruta, el abuelo comenzó a contar la historia de un viejo pescador que él había conocido en Cuba y de cómo había pescado un gigantesco pez espada cuando ya nadie daba un peso por él.

—La historia de ese pescador no solo la conocimos quienes estuvimos en La Habana aquellos años, es probable que ustedes también hayan sabido de ella porque un escritor, Hemingway, la hizo novela.

—¡*El viejo y el mar!* —dijo Mariana.

—Sí, esa, *El viejo y el mar*. Pero qué lista es tu amiga, Simón. ¿Cómo te llamas?

—Mariana Paqari —el abuelo no hizo más que oír ese nombre y frenó en seco.

—¿Cómo dijiste?

—Mariana Paqari, Paqari es mi segundo nombre, es aimara...

—Sí, lo sé... Solo que estoy impresionado por la coincidencia. Cuando era un muchacho, casi tanto como ustedes, estuve camote por una novia que se llamaba Paqari. Moría por ella. ¿Sabes lo que significa Paqari?

—La que no envejece.

—Exacto. Yo la besaba tanto que en un momento creí que yo también podía no envejecer nunca. Pero aquí me tienen, cada día más viejo.

—Más viejo y más sabio.

—Me gusta vivir, eso es todo. Vivir con mayúsculas.

—Para mis papás eres la oveja negra.

—Tus papás no saben nada de la vida. De la verdadera vida —el abuelo hizo una pausa. Los miró a los dos con una sonrisa bonachona. Y puso de nuevo en marcha la camioneta.

—¿Trajiste el disco de los Stones?

—Sí.

—¿Y la camiseta de The Strongest? —preguntó el abuelo. Simón se abrió la camisa y debajo de ella aparecieron los colores aurinegros del The Strongest.

—¿Sabían que yo jugué una temporada por el The Strongest? Fuimos campeones.

—¿Qué cosas no ha hecho?

—Casi todas las cosas que quise hacer las hice. Bueno, me falta navegar con mi nieto en un barco ganado al póker —Mariana soltó una carcajada que terminó por contagiarse al abuelo y al propio Simón.

—Cuidala, una mujer que es capaz de hacer reír a dos hombres vale más que una reina.

—Soy una niña.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—A esa edad mi mujer ya había parido.

El viaje fue largo. En un momento la carretera orilló el mar y al abuelo, a Simón y a Mariana les brillaron los ojos. Luego, el camino culebreó y el mar se fue alejando hasta que ya no lo pudieron ver. Entonces, el abuelo tomó una ruta lateral de tierra que les devolvió esa superficie azulina, casi eterna. Así hasta llegar a una casa que parecía sumergirse en el agua.

El abuelo dijo que esperaran un momento. Simón y Mariana bajaron de la camioneta para estirar las piernas y aspirar la intensa brisa marina. Se miraron unos segundos sin decir nada, y Simón recordó esa despedida en medio de la lluvia cuando tuvo la sensación de que sus labios se habían rozado. Después de un rato se rieron y Mariana, sin aviso, lo abrazó. Fue un abrazo raro, extraño pero dulce. Recién se soltaron cuando al abuelo les hizo una seña para que se acercaran.

Ayudados por otros hombres, Simón y su abuelo dispusieron una rampa entre la arena y el agua. Luego, gracias a la asistencia de

una cadena transportadora, lograron que el *Conticinio* se moviera hasta depositarlo en el mundo al que pertenecía.

—La gracia de este lugar es que es lo suficientemente profundo como para que un barco se haga a la mar. Descuide, ahora la responsabilidad es toda suya —le dijo un hombre que parecía haber sido marino. El mismo hizo unas señas y ayudado de un bote llevaron al abuelo, a Simón y a Mariana hasta la popa del yate, por donde subieron a bordo.

Melquiades Mamani izó la vela del *Conticinio* y este, como un perro fiel, no demoró en responder avanzando sobre un mar calmo. Mientras el abuelo se encargaba de las maniobras y le daba indicaciones a Simón, Mariana agitaba su mano al viento despidiéndose de quienes quedaban en tierra firme.

—¿Y ahora abuelo?

—¿Ahora?

—Sí, ¿ahora qué vamos a hacer?

—Disfrutar de la libertad.

No demoraron en alejarse de la costa. Parecía que el *Conticinio* sabía muy bien lo que debía hacer, hacia dónde debía dirigirse. Como si el abuelo le hubiera confiado un secreto que solo él podía saber. Ese día el abuelo cocinó un salmón con arroz que Mariana y Simón comieron con placer y admiración. Para el postre, Melquiades Mamani había preparado un payuje con una receta que había heredado de su abuela. Simón, cuando lo vio, no lo podía creer.

—¡Payuje!

—Tal como a ti te gusta —dijo el abuelo.

—¿Qué es eso?

—Un postre a base de plátanos, leche y canela que no he comido en años.

Esa tarde se dieron un festín, disfrutaron del mar y conversaron largo sobre la vida, sobre las alegrías y las penas. También sobre el *Conticinio*. El abuelo instruyó a Simón en el arte de navegar y en aquello que debía saber para manejar el barco como si fuera una bicicleta.

—No es nada fácil, abuelo.

—No te preocupes. Con tres o cuatro clases como esta te convertirás en todo un marinerero. Te lo dice alguien que aprendió a navegar en las aguas del Titicaca.

Simón sonrió. El abuelo era una persona increíble. Qué ganas de haber podido pasar más tiempo con él y escuchar de su propia boca las cientos de historias que había vivido. En ese momento hubiera querido abrazarlo y no dejarlo escapar, haberlo mantenido junto a él, como se mantiene un recuerdo que no se quiere olvidar.

—¿Le puedo preguntar algo? —dijo Mariana.

—Adelante.

—La historia del viejo pescador, la que escribió Hemingway, ¿terminó tal cual en la vida real?

—Si me recuerdas lo que escribió Hemingway...

—En la novela, el viejo pesca un pez gigante que le devuelve la gloria perdida, pero antes de volver a la isla los tiburones le comen el pez y él queda destrozado. Sin embargo, a pesar de regresar nada más que con el esqueleto recupera el respeto de sus pares y hasta el muchacho que siempre lo había acompañado y que se había ido de su lado decide volver a trabajar con él.

—Mira lo que son las cosas. Es más linda la historia del viejo en la novela que en la realidad. El viejo murió solo. Sin nadie a su lado. Ni siquiera recuperó su gloria. Es triste terminar así...

El abuelo pareció emocionarse con el recuerdo. Bajó la mirada por unos segundos y luego, como si espantara unas moscas con sus manos, alejó los malos recuerdos y se puso de pie.

—Nada de ponernos tristes. Miren lo que tengo acá —el abuelo dio un par de pasos y retiró una manta que cubría ni más ni menos que un tocadiscos.

—¡Abuelo!

—Trae el disco de los Stones y pongámosle algo de *rock and roll* a la tarde.

Cantaron y bailaron como si los tres hubieran sido un grupo de amigos. Como si ellos hubieran sido Jagger, Richards y compañía. Hasta que el disco dejó de sonar y el silencio comenzó a apoderarse del barco. En un momento, Simón le preguntó al abuelo qué significaba *Conticinio*.

—Es la hora de la noche en que el silencio es total, definitivo —dijo con la voz entrecortada.

Entonces, Simón entendió todo. Es probable que Mariana también. El abuelo contó por última vez la historia de Eduardo Abaroa y no evitó reír cuando repitió la frase histórica: “¿Rendirme? ¡Que se rinda su abuela, carajo!”. Simón lo abrazó y se quedó junto a él.

Mariana tomó la guitarra y se puso a tocar las canciones que su madre le había enseñado; con ellas la hacía dormir. La noche era tibia y nadie que hubiera visto pasar al *Conticinio* hubiera podido imaginar lo que ahí, a esa hora, ocurría.

LO QUE NUNCA DEJAMOS ATRÁS
ANDRÉS MONTERO

Si algo aprendí el año pasado, es que la vida es más entretenida de lo que uno cree, porque la vida te sorprende cuando menos te lo esperas. Yo, por ejemplo, pensaba que si la vida me iba a sorprender lo iba a hacer en verano, o al menos en primavera, pero nunca me imaginé que lo haría durante una gris mañana de junio, cuando creía que en el horizonte no había nada más que un día de clases. ¿Quién puede esperar algo de un lunes que comienza con dos horas seguidas de Matemáticas? Era seguro que no podríamos jugar a la pelota en el patio de cemento por culpa de la lluvia. El curso entero estaba callado –lo cual era muy poco común–, trabajando concentrado en los ejercicios que había copiado la profe Adriana.

Y así estábamos, sin esperar nada de la vida, cuando se oyó un claro toc toc en la puerta que rompió nuestro silencio. Aguirre, que siempre se sentaba al lado de la puerta –era algo así como el portero oficial del curso– se paró de un salto y fue a abrir. Los demás lo observamos sin interés, o bien no lo observamos para nada. Aguirre cuchicheó un rato con la puerta a medio abrir –nunca dejaba entrar a nadie así como así–, y luego se dio vuelta y gritó:

—¡Profe, viene el inspector Meléndez con una compañera nueva!

Entonces todos dejamos nuestros ejercicios matemáticos y un murmullo recorrió la sala. ¿Compañera nueva, en pleno junio? Eso sí que era raro. ¿O sea que López y Ramírez no serían los únicos nuevos de ese año? Yo traté de mirar por arriba de los casilleros hacia la puerta, pero la profe Adriana dijo de inmediato que nadie se ponía de pie, y lo dijo en un tono que no admitía réplicas, mientras caminaba apurada hasta la puerta y mandaba al copuchento de Aguirre a sentarse.

—Qué raro que llegue un nuevo en junio —me dijo Herrera, que se sentaba a mi lado. Yo levanté las cejas como para decirle que también me sorprendía.

La verdad es que siempre he pensado que ser nuevo en el colegio debe ser lo peor. Es cierto que todos fuimos nuevos en el jardín infantil o en prekinder, pero es distinto porque como todos son nuevos, uno pasa piolita. Además que a los cuatro o cinco años uno se hace amigos al tiro porque tiene menos prejuicios y todo es más fácil.

No, no, yo me refiero a ser nuevo de *verdad*: a llegar a un curso donde ya todos se conocen, donde ya tienen las mismas tallas, los mismos recuerdos de viejos profesores o de compañeros que se fueron a otro colegio y que nadie volvió a ver; un curso donde el equipo de fútbol ya está armado, donde parece, en fin, que un recién llegado no tendría nada que aportar porque ya está todo hecho y andando sobre ruedas.

Y, sin embargo, año tras año aparecía un recién llegado, nuevito, con su caja de Artes Plásticas en una mano y el tubo azul de plástico (ese que sirve para llevar los trabajos sin que se doblen ni se arruguen) en la otra. El nuevo está ahí, frente a todos, y todos lo observan detenidamente. Son segundos de suspenso, momentos en que parece que la caja de artes del nuevo es su escudo y el tubo una espada azul. Es que el nuevo siempre viene en *modo defensa*, porque no sabe con qué se va a encontrar. Y los demás lo miran, y es verdad que a veces alguno se fija en qué tiene de distinto el nuevo para inventarle un sobrenombre que le quite el que trae por defecto ("el nuevo"). Pero no lo hacen por maldad. Yo creo que lo que pasa es simplemente que todos se ponen en el lugar del nuevo y respiran aliviados por no ser ellos los recién llegados, y que por eso les da risa nerviosa y se desquitan con él para que nadie se dé cuenta de que ellos no serían capaces de soportar ni la mitad de lo que ha soportado el compañero desconocido.

Yo, por suerte, no he tenido que cambiarme nunca de colegio. La verdad es que no sé si lo podría soportar. Lo admito, ¡hay que tener agallas para ser el nuevo del curso! Y, además, siempre he sido muy tímido con la gente que no conozco. Debo reconocer que no tuve ningún amigo-amigo en el jardín infantil, tampoco en el parvulario, pero en segundo básico se descubrió por casualidad que yo tenía cierto talento para el fútbol y eso terminó por salvarme. Empecé a hablar, pero a hablar en la cancha. Y ya después me solté y

ahora además de pichanguero soy un payaso y todos se ríen conmigo. Así que en mi curso no tengo problemas, hasta siento que me respetan harto porque cuando molestan a alguien yo me acuerdo de los días en que no tenía muchos amigos y entonces digo que paren. Y todos paran al tiro. No sé por qué será, pero parece que soy lo que la profe Adriana llama un "líder".

Así que todos colaboramos un poco y los compañeros nuevos, a los que les gusta el fútbol, se integran rápido en nuestro curso y pasan a formar parte del equipo (si son buenos, o si al menos no son tan malos) y empiezan a entender de qué nos reímos cuando nos reímos y esas cosas claves. Es difícil ser nuevo, sí, pero nosotros tratamos de que no sea tan difícil. Además, todos sabemos que cuando lleguemos a la universidad o a trabajar seremos nuevos también, y la profe Adriana dice que si somos malos ahora vamos a tener problemas con el karma, que es algo así como la fuerza que hace que se te devuelvan las cosas que hiciste en la vida: buenas o malas, pero se devuelven.

Pero esta vez, en ese mañana de junio del año pasado, todo fue distinto. No solo era primera vez que aparecía un compañero nuevo a mitad de año, sino que también era el primer compañero que teníamos que no era chileno. Quiero decir, compañera. Pero eso todavía no lo sabíamos, porque Carolina estaba al otro lado de la puerta, apenas con su mochila y la mirada puesta en el suelo, al lado del inspector Meléndez.

Después de cuchichear con la profesora Adriana, el inspector Meléndez hizo entrar a nuestra sala a una compañera que nunca habíamos visto. La profe le puso a la chiquilla una mano en la espalda, empujándola suavemente hacia el centro de la sala.

—¡Atención, alumnos! —pidió la profe, pero no era necesario que pidiera atención porque todos estábamos callados mirando la escena y sobre todo a la compañera nueva, que seguía con los ojos clavados en el suelo. Era imposible mirarle la cara—. Hoy ha llegado una compañera nueva al curso. Ella no es de este país, así que espero que sean doblemente amables con ella, que la integren y le muestren la mejor cara de Chile. ¿Entendido?

—Síííí, profe Adriaaaaaana.

—Bien, les presento a Carolina. Ella viene de Colombia.

Carolina levantó la cabeza y nos miró con sus ojos negros, y entonces todos, o al menos yo, nos dimos cuenta de algo: lo que la

hacía distinta no era solo el hecho que hubiese llegado a mitad de año, ni que fuera de otro país, viniera de tan lejos o tuviera otro acento, como descubriríamos pronto. No. Lo que verdaderamente nos sorprendió fue que nunca en la vida habíamos visto a una mujer tan triste y tan linda al mismo tiempo, tan linda y tan triste como esa mañana nublada de junio. Una mañana que iba a iluminarse a medio día, cuando el sol apareciera tímidamente por entre las nubes que tapaban la cordillera. Esa cordillera que Carolina nunca dejaría de observar.

*

La primera semana no hablé mucho con ella. En realidad, no le dije una sola palabra, pero no fue por maldad ni porque no me interesara que fuera bien recibida en el curso. Todo lo contrario. Lo que pasó fue que de inmediato se convirtió en el tema principal de todas las conversaciones en el recreo: todos hablaban de la colombiana linda y triste que había llegado al curso. Y a mí no me gusta estar a la moda, así que cambiaba de tema constantemente, pero siempre volvíamos a Carolina.

- ¿Por qué se habrá venido a Chile?
 - ¿Se han fijado que está todo el tiempo mirando la cordillera?
 - Es que en Colombia no hay cordillera.
 - ¿Ah, no?
 - En realidad no lo sé.
 - ¿Por qué andará tan triste?
 - ¿Tendrá pololo?
 - En Colombia no se dice “pololo”, se dice “novio”.
 - ¿Pero por qué andará triste?
 - ¿Han cachado que mira mucho la cordillera? ¿Por qué será?
 - ¿Por qué no le preguntan a ella? —corté yo un día, harto de que hablaran de Carolina y que nadie se atreviera a hablar con ella.
- Todos me miraron.
- Es muy tímida... —dijo alguno.
 - No es tímida, es nueva. Es distinto.
 - Entonces anda a meterle conversa tú pos, Tomás.
 - ¿Por qué yo?

—¿Ah, qué, te da vergüenza?

—No, pero...

—¡Sí, te da vergüenza! —dijo Mario, que siempre le gustaba llevarme la contraria—. ¿Verdad, Tomás?

Todos me miraron a ver qué respondía. ¿Me daba vergüenza hablar con las mujeres? Un poco, sí, pero solo desde que me había cambiado la voz, porque me salían gallitos a cada rato. Además, con Carolina podría ser peor porque era tan linda que capaz que me iba a poner nervioso. Por primera vez en mucho tiempo me sentí atrapado, como si hubiera perdido mi posición de líder. Y yo no quería que pasara eso. Así que no dije nada más y me fui derechito hasta donde estaba Carolina: comiéndose su colación en la sala, sola, mirando la cordillera desde la ventana.

—¿Me puedo sentar aquí? —le pregunté y noté que casi me temblaba la voz.

Carolina me miró casi con espanto como si la hubiera sacado de sus pensamientos más profundos, pero después sonrió.

—Tú eres Tomás, ¿no?

Asentí con la cabeza y me senté al lado de ella.

—¿Necesitas algo? —me preguntó.

—No —dije, y noté que me ponía rojo—. Es que mira: todos los muchachos se la pasan hablando de ti porque... porque...

—¿Por qué?

Y ahí sí que me puse rojo.

—Bueno, porque te encuentran muy bonita —logré decir apenas. A Carolina se le iluminó la cara.

—¿En serio? ¿A mí?

—Sí, y además encuentran que hablas lindo.

—¿Yo?

—Sí, aunque le digas “sancocho” a la cazuela, o “fríjoles” a los porotos, o “arepas” a las sopaipillas, o que digas “con mucho gusto” y no “de nada” y... todas esas expresiones distintas que usas. La cosa es que todos hablan de ti, pero nadie se atreve a venir a hablarte y entonces vine yo, para que no pienses que es porque somos malas personas o que no te queremos integrar al curso.

Carolina suspiró y se quedó mirando la cordillera.

—La verdad es que ya me lo estaba pensando.

—¿Que somos malos?

—No malos, pero los chilenos son muy fríos. ¿No te parece?

—No sé, no conozco gente que no sea chilena.

—Ah, pues bueno. Mi mamá dice lo mismo que yo: que acá la gente anda muy seria, que no se relaja. ¡Si hasta dice que nadie va a bailar! Ella sale con sus amigos del trabajo y van a tomar algo o a cantar karaoke, pero nunca bailan. ¿Qué tipo de país es este?

—Es que los chilenos bailamos mal... —traté de defenderme—. Pero aparte de eso, no es que seamos malos, es que somos tímidos.

Carolina se tomó las rodillas con los brazos. Se quedó sentada así un rato y volvió a mirar la cordillera.

—¿Y por qué te viniste a Chile? —le pregunté picado porque parecía que no le gustaba nuestro país—. A lo mejor podrías haber elegido otro país más parecido a Colombia, ¿o no?

—Pero yo tengo quince años —respondió riéndose—. Yo no decido nada. Todavía tengo que seguir a mi mamá. Si fuera por mí, me habría quedado en Medellín. Pero la empresa de mi mamá tuvo problemas y quebró. Entonces tuvimos que buscar otro lugar y... bueno, pues llegamos a Chile. Podríamos haber ido a Panamá o a Ecuador, que están más cerca, pero finalmente elegimos Chile.

—¿Pero por qué Chile? —insistí—. ¿Qué hay en Chile que no haya en los otros países?

Carolina lo pensó un momento.

—Bueno, en Chile hay trabajo. Eso es lo principal. Pero la verdad es que también había trabajo para mi mamá en Ecuador y en Panamá, porque la empresa en la que trabajaba tiene sucursales en esos países. Ella me dijo que eligiera yo: Ecuador, Panamá, Chile o quedarme en Medellín sin ella pero con mi abuela.

—Y elegiste Chile.

—Sí, por eso estoy aquí.

—¿Pero... por qué?

Carolina se quedó callada unos segundos y sonrió. Era la sonrisa más linda y más triste que yo había visto. De pronto, me di cuenta de que tenía la boca abierta y entonces la cerré de golpe y me mordí la lengua. Creo que Carolina no lo notó.

—Tal vez algún día te lo cuente —me dijo al final, sonriendo—. Pero principalmente, por eso que está allá —y con su dedo índice apuntó hacia la cordillera de los Andes.

En verdad era hermosa, pensé. Majestuosa, como decía el himno. Y yo que la tenía al lado todos los días nunca me daba tiempo para observarla. A veces hay que mirar las cosas desde

afuera, como si uno fuera un extranjero en su familia, en su país, en su curso, para valorar lo que tiene. Y en ese momento descubrí que si yo me fuera de Chile, me llevaría conmigo el recuerdo de la cordillera; me llevaría a esas montañas blancas a todos lados conmigo. ¿Qué más me llevaría? Me imaginé a mí mismo en otro país intentando hacer amigos nuevos. Se reirían de mi acento chileno, les haría gracia que dijera "cachai" a cada rato, o "al tiro", o "gagua". Eso me llevaría, pensé, no podría evitarlo: me llevaría mi forma de hablar. Y muchas otras cosas, porque aunque estuviera en Kazajistán yo me las arreglaría para ver los partidos de La Roja, y cuando llegara el 18 de septiembre sería capaz de cruzar todo el país en busca de una empanada. Supongo que hay cosas de uno que no se pueden dejar atrás. Tal vez una de esas sería la majestuosa cordillera de los Andes. Pensaría en ella a cada rato, la echaría de menos para ubicarme.

Igual, como fuera, no creo que Carolina hubiera elegido venirse a Chile solo para poder mirar la cordillera. Algo más tenía que haber de fondo y yo lo iba a averiguar.

*

Pocas semanas después de la primera vez que hablé con Carolina, durante una clase de Historia, el profesor Alegría la interrogó para que nos contara algunas cosas sobre Colombia. Nos contó que era un país mucho más grande que Chile, donde vivía el doble de personas que acá. Colombia se llamaba así por Cristóbal Colón, porque era el territorio que estaba más al norte de Sudamérica, así que fue uno de los primeros lugares donde los españoles pusieron sus pies. Colombia tenía muchas personas famosas, entre ellas futbolistas como el Pibe Valderrama (un tipo rubio y chascón, de bigote, del que mi papá siempre hablaba comparándolo con el Mago Valdivia), o escritores como Gabriel García Márquez, que recibió el Premio Nobel y todo, y también artistas muy conocidos como la Shakira, Juanes, Maluma o la Sofía Vergara.

La cosa fue que después de que Carolina nos contara todo esto (y ya no se ponía nerviosa, sino todo lo contrario: hablaba con soltura y sonreía todo el tiempo, y yo ya sospechaba que todos los

compañeros estaban enamorados de ella), el profesor Alegría le preguntó otra cosa:

—Y díganos, señorita Monsalve, ¿cómo se imaginaba Chile? Me refiero a antes de llegar acá, antes de conocer cómo era realmente.

Aunque la pregunta no tenía nada de extraño, la sonrisa desapareció de inmediato del rostro de nuestra compañera. Al menos yo me di cuenta. Carolina se quedó varios segundos en silencio y después empezó a hablar, pero lo hacía con dificultad, no con la soltura de antes.

—Bueno... A ver, antes yo era más pequeñita, ¿no? Entonces tenía más imaginación. Y pues... Bueno, una vez una persona que yo quería mucho, y que estaba lejos de mí, me comenzó a mandar cartas. No me podía decir dónde estaba, porque había tenido... algunos problemas en Colombia. Pero yo creía que me daba pistas de dónde estaba, ¿saben? Porque me decía que estaba en un país muy lindo, que tenía poco espacio y todos caminaban así como pingüinos para no chocarse porque era muy chiquito. Y en otra carta me decía que en realidad este país no era chiquito, al contrario, era muy largo, pero era tan estrecho, tan, tan estrecho, que él podía dormir con la cabeza apoyada en la cordillera y los pies metidos en el mar. Me contaba cosas así. Nunca me dijo dónde estaba, pero yo miraba el globo terráqueo en mi escuela y pensaba que esa persona podía estar en Chile, que era el país más flaquito que yo podía ver que tuviera tanto mar como cordillera.

Todos escuchábamos atentamente a Carolina, pero ninguno más atento que yo.

—Así me imaginaba Chile, profesor —terminó Carolina—. Me lo imaginaba como un lugar tan flaquito que uno podía dormir con la cabeza en la cordillera y los pies en el mar. ¡Así de flaquito!

Algunos del curso rieron y Carolina también, pero yo no me reí. Había entendido algo: Carolina estaba buscando a alguien. Por eso había elegido Chile para venirse a vivir.

*

—Veo que eres muy inteligente —me dijo Carolina.

—¿Tengo razón, entonces? —pregunté, satisfecho de mis dotes de detective.

—Un poco.

—¿Y quién es esa persona que te mandaba cartas?

Carolina se mordió el labio. Se veía muy linda cuando se mordía el labio, pero yo tenía que concentrarme en lo importante.

—¿Me guardas el secreto, Tomás?

Yo levanté tres dedos de la mano derecha, como había visto hacer a los *scouts* cuando prometían algo.

—Mi papá —dijo—. Se tuvo que ir de Colombia cuando yo tenía siete años. Lo estafaron, ¿imaginas lo que es eso? Su mejor amigo le robó todo el dinero que tenía y tuvo que irse porque si no iba a ir preso por no poder pagar las deudas. Mi mamá me contó todo esto hace poco. De todos modos, ellos dos ya no estaban juntos cuando todo esto pasó.

—¿Ah, tus papás están separados?

Ella asintió con la cabeza.

—Y cada vez me acuerdo menos de mi papá. A veces no me acuerdo ni siquiera de su rostro. Pero yo quiero encontrarlo. Y lo único que sé es que duerme con la cabeza en la cordillera y con los pies en el mar.

Carolina me miró con los ojos más tristes que tenía antes de seguir hablando:

—Yo me quise venir a Chile porque pensaba que era un país más chiquito y lo iba a encontrar fácil. Y ahora estamos acá y no tengo cómo encontrarlo. ¿Cómo pude ser tan ingenua? ¡Se me hace igual de grande que Colombia!

Yo me di cuenta de que se iba a poner a llorar, así que la abracé. Y eso fue peor. Ahí sí que se puso a llorar, pero al menos tenía un amigo en quien apoyarse.

—Yo te voy a ayudar a encontrar a tu papá —le dije a Carolina—. En alguna parte tiene que estar.

Carolina me miró y sonrió. Ya no parecía triste. Había otra luz en sus ojos: la luz de la esperanza. La misma luz que vería en sus ojos algunos meses después, en una noche llena de velas y faroles.

*

¿Cómo encontrar a alguien en un país tan largo como el nuestro? El papá de Carolina podía estar en cualquier lugar de Arica a Punta Arenas, y eso si es que estaba realmente en Chile. Las únicas pistas que teníamos eran las cartas que le había enviado. Una tarde, en el departamento que arrendaba junto a su mamá cerquita del metro Santa Ana, yo pude leerlas. Claro que eran de cuatro o cinco años atrás. Desde entonces nunca más habían llegado cartas. Yo no quería decirle nada a Carolina para que no se preocupara, pero: ¿y si su papá ya no estaba en Chile? ¡Cinco años era mucho tiempo!

De todos modos, la única pista que teníamos era que se acostaba apoyado en la cordillera y con los pies en el mar. Obviamente era una imagen poética y todo calzaba con que se refiriera a Chile, pero no era suficiente.

—Nunca lo vamos a encontrar —me dijo Carolina una tarde cuando regresábamos de una oficina de Extranjería, el lugar donde iban los extranjeros a pedir sus documentos para estar en Chile. Ya era segunda o tercera vez que íbamos, pero no habían podido decirnos nada sobre su paradero.

—Claro que sí lo vamos a encontrar —decía yo, aunque por dentro no sabía si de verdad lo creía.

*

En el colegio todos me molestaban diciéndome que tenía una novia colombiana, porque andaba todo el día junto a ella. Pero a mí no me importaba: primero, porque no era verdad, y segundo, porque si fuera verdad yo sería el más feliz de todos. La verdad es que nunca encontraba el momento para hablar de otras cosas con ella, cosas como el amor, por ejemplo, porque cuando estaba junto a Carolina conversábamos solamente de nuestra búsqueda implacable. De alguna forma yo pensaba que si llegábamos a encontrar a su papá, yo podría pedirle que fuera mi polola. Pero primero era lo primero, y creo que por eso me esforcé tanto para que pudiéramos encontrar al que, esperaba, podría ser mi suegro.

Pasaron algunos meses. Pronto el invierno comenzó a dar paso a la primavera y la nieve de la cordillera se empezó a derretir. Carolina, como siempre, miraba hacia las altas montañas. Incluso las miraba desde su departamento porque había una pequeña terraza que daba hacia el oriente. Y si llovía y al día siguiente salía el sol, la cordillera se veía otra vez nevada y hermosa, sin esmog que tapara la panorámica. Eran días en que yo me sentía orgulloso de Santiago. Y hasta la mamá de Carolina salía a tomar el aire puro y repetía:

—¡Qué linda es esta ciudad cuando quiere serlo!

Por supuesto, la mamá de Carolina no sabía nada de nuestra búsqueda. Era una mujer joven, tan bonita como su hija, pero mucho más seria y formal. Le tocaba trabajar hasta tarde y yo casi nunca la veía. Le había insistido varias veces a mi amiga para que habláramos con ella, porque a lo mejor podía saber algo sobre su papá, pero Carolina era tajante sobre ese punto: su mamá no podía saber nada. Yo me preguntaba por qué, pero no insistía. Lo que lamentaba era que seguramente estábamos dejando a un lado una fuente crucial para encontrar a nuestro hombre.

Un día, Carolina tuvo una idea que nos dio algunas pistas nuevas, aunque todavía muy lejanas.

—Mira, Tomás —me decía anotando todo en la pizarra que tenía en su pieza—. Como mi papá era chofer cuando joven, y como al momento de llegar a Chile no tenía trabajo, es seguro que buscó trabajo de camionero. ¿No te parece evidente?

—Bueno, puede ser...

—¡Tiene que ser! —dijo casi gritando—. Entonces, pensemos. Si tiene los pies en el mar, puede ser que amanezca o que viva cerca de la costa, pero que durante el día tenga que ir hacia la cordillera en el camión.

—Sí, puede ser —dije yo, aunque me parecía bastante improbable que pudiéramos seguir esa pista.

—Okey, entonces: ¿por qué un camionero iría del mar a la cordillera todos los días? ¿Qué podría llevar?

—Ya me lo dijiste: peces.

—¡Claro que sí! ¡Pescados! Mi papá lleva pescados desde el mar hasta algún restorán o supermercado de la cordillera. Fin del asunto.

—Bueno, ¿pero te has dado cuenta de lo largo que es Chile? ¿Cómo podríamos saber desde qué puerto hasta qué punto de la cordillera lleva los peces? Suponiendo que tengas razón, además.

—Nadie dijo que sería fácil.

—Claro que no.

—Pero tú prometiste ayudarme.

—Claro que sí.

—Entonces ayúdame, Tomás —y sentándose a mi lado, en la cama, me dio un beso en la mejilla—. Has sido muy bueno conmigo. Gracias.

Yo sentí que la sangre se me subía a la cabeza y que iba a explotar, pero traté de sonreír y en vez de decirle “de nada” dije “con mucho gusto”.

Pero ese día cuando caminaba a mi casa, que estaba apenas a un par de cuadras de la de mi nueva amiga, pensaba que yo ya no podía ayudarla más. Era completamente imposible que encontráramos al papá de Carolina y en algún momento ella tendría que comprenderlo.

*

Es cierto que uno no espera nada de meses como junio, pero sí muchísimo de meses lindos como septiembre: vienen días de asados, de cueca, de elevar volantines y de jugar al trompo. Ese mes me divertí mucho enseñándole a Carolina nuestros juegos típicos y al mismo tiempo lamenté haberlos dejado de jugar en los últimos años. Por primera vez comencé a notar que ella disfrutaba estar en Chile. Ya no era el centro de atención del colegio y eso la hacía sentir mejor, mucho más tranquila. Tenía algunas amigas y, por supuesto, me tenía a mí. Es cierto que había estado un poco triste por todo lo que nos había costado encontrar a su papá, porque apenas teníamos un poco de plata en el celular al mes y se nos iba todo en dos o tres llamadas a algunas empresas que encontrábamos en internet, que al parecer llevaban pescados y mariscos desde Valparaíso hasta los centros de esquí de la cordillera. Era nuestra mejor apuesta, pero nadie nos respondía los mails y si se daba la casualidad de que teníamos algo de dinero en el celular, nos decían que

ahí no trabajaba nadie que se llamara como el papá de Carolina. Pero era septiembre y tratamos de olvidarnos de nuestra búsqueda fracasada para pasarlo bien como todos nuestros compañeros.

Fue por esos días que, al ver que teníamos muchas tradiciones y que nos gustaba celebrarlas, Carolina me empezó a contar sobre las tradiciones de Colombia. Habló de muchas que ya no recuerdo, y de otras que me parecieron muy bonitas como la Novena, que consiste en juntarse a rezar, comer y compartir durante los nueve días previos a Navidad. Así preparan el espíritu para el nacimiento de Cristo, como me dijo ella, aunque en realidad la mayoría solo se junta a comer y pasarlo bien. Pero era una forma de estar juntos, con amigos o en familia. Y era una de las cosas más tristes para los colombianos que vivían solos en Chile o en otros países: no tener con quién juntarse a celebrarla.

—Pero peor que eso debe ser estar solo para el Día de las Velitas... —dijo ella.

—¿El Día de las Velitas? ¿Qué es eso? —pregunté.

—¿Acá no tienen Día de las Velitas? —dijo sorprendida.

Ante mi cara de “no tengo idea de lo que hablas”, me contó que el Día de las Velitas se celebraba el 7 de diciembre (cuando está por terminar el mes de María, que celebran los católicos en Chile), y que consistía en prender velitas dentro de faroles por toda la ciudad para honrar a la Virgen.

—¡Imagínate cómo se ve, Tomás! —decía ella, emocionada de solo acordarse—. ¡Toda la ciudad iluminada por las velitas! Para nosotros es igual de importante que la Navidad o el Año Nuevo. ¡Ay, no puedo creer que no lo celebren!

Entonces me tomó de la cara y me dijo:

—Prométeme, Tomás, prométeme que algún día vas a ir conmigo a Medellín y vamos a estar en un Día de las Velitas. Y vas a ver cómo todos van haciendo bolitas con la cera que cae de las velas, y cómo los más grandes podemos hacer la Candelada del Diablo. ¿Sabes cómo se hace? Se junta harta esperma, luego se le echa agua y ¡paaaf!, sale una llama tremenda, y además...

Carolina hablaba y hablaba. Yo nunca la había visto tan contenta como en ese momento. Entonces me di cuenta de que si yo estuviera en Colombia hablaría igual de los volantines, y del trompo, y del palo encebado y de las carreras de sacos, y hasta de la cueca, aunque baile mal, porque debe ser muy difícil dejar atrás a tus

amigos de toda la vida, a tu barrio, a tu colegio. Pero lo más difícil debe ser dejar tu país, no tener más celebración de la Novena, ningún Día de las Velitas.

Y fue entonces cuando empecé a idear el plan que podría ayudarnos a encontrar a su papá. Era un plan inteligente, pero que requería de una primera cuota de suerte: su papá tendría que estar en Santiago. Si no era así, nada de lo que hiciéramos serviría. Pero si efectivamente estaba en la capital...

Le pedí a Carolina que me hablara todo lo que pudiera de su papá: qué cosas le gustaban, qué hacía en su tiempo libre, si tenía algún talento especial. Ella me iba respondiendo según recordaba, pero siempre terminaba un poco triste porque hacía mucho que no lo veía y se le hacía difícil recordar tantas cosas sobre él. Como fuera, logré enterarme de que era fanático del fútbol –igual que yo, así que me cayó bien–, y que no se perdía los partidos de la selección colombiana, mucho menos los de Atlético Nacional, el equipo de Medellín. Además, me enteré de que le gustaba mucho bailar, sobre todo salsa, y que era un buen jugador de billar. No eran muchos datos, pero ya nos servían para comenzar la búsqueda.

Llevando una foto del papá de Carolina –que teníamos que cuidar mucho porque era la única que tenía– comenzamos a preguntar en las salsotecas si alguien conocía a ese hombre, o recordaba haberlo visto en los últimos días. Fuimos a las más populares, en el centro y en el barrio Bellavista, y teníamos que darle mil explicaciones a la mamá de Carolina para que nos diera permiso para llegar más tarde del colegio. Por suerte ella casi siempre llegaba más tarde que nosotros, entonces al menos casi nunca se enteraba. Creo que jamás había conocido tanto sobre Santiago como durante esos meses. Además de las salsotecas, estábamos siempre atentos a los días en que jugaba Colombia o el Atlético Nacional: averiguábamos si en algún bar iban a dar el partido y preguntábamos a los dueños si reconocían al hombre de la foto. Lo mismo hicimos en muchos salones de billar y de pool. Algunos creyeron haberlo reconocido, lo que nos dio esperanzas de que estuviera en Santiago, pero nadie sabía su nombre ni recordaba haberlo visto recientemente.

Durante la búsqueda empecé a notar que Carolina se ponía muy contenta cuando íbamos a estos lugares, porque siempre encontramos a muchos colombianos que hablaban igualito que ella y le

regalaban arepas o la invitaban a que se quedara a ver los partidos de su selección.

Así que, además de la búsqueda implacable, nos dimos tiempo para ir a comer comida colombiana, y para escuchar grupos de salsa y merengue colombianos, y ver cine colombiano, y hasta leí libros de escritores colombianos que me gustaron mucho. Así podíamos hablar de las mismas cosas y ella estaba contenta. Yo, por mi parte, le presentaba las mejores picadas de completos y de sopaipillas de carrito de todo Santiago; y juntos visitamos la Plaza de Armas, el cerro San Cristóbal, el cerro Santa Lucía, el Cementerio Metropolitano y muchos otros lugares.

Y así siguieron pasando los meses, sin que encontráramos al papá de Carolina, pero en realidad buscándolo cada vez menos. Por un lado, sabíamos lo imposible que era y ya habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance; y, por otro, porque Carolina se sentía cada vez más a gusto en Chile. Creo que era feliz. Yo también era feliz y así se nos fue el año escolar. Por suerte me fue bien, aunque no tanto como el año anterior, pero supuse que el haber dedicado tanto tiempo para estar con Carolina explicaba la leve baja en mis notas. Igual no me importaba. Carolina, por su parte, tuvo buenos promedios en casi todas las materias, incluso en Historia. Decía que haber ido a museos conmigo la había ayudado a comprender la historia de Chile y que si algún día se iba de nuestro país, se llevaría muchos lindos recuerdos con ella porque ya sentía que este también era su país.

*

Una tarde, en diciembre, invité a Carolina a que fuéramos al Parque Bustamante, que está en el centro de la ciudad, al ladito de la Plaza Italia. Nos fuimos en el metro conversando y riendo, ya contentos porque se habían acabado los exámenes y en un par de días saldríamos de vacaciones. Recuerdo que la invité a tomar un helado y después le propuse que camináramos por el parque. Ella me seguía y hablaba y hablaba: ya no quedaba nada de la niña tímida que había llegado en una mañana gris de junio a cambiar por completo mi año escolar.

De pronto, donde había una pequeña muchedumbre, me detuve. Carolina me iba a preguntar por qué nos deteníamos ahí, pero entonces leyó en un cartel que estábamos en la Parroquia Italiana de Migrantes. Más abajo, decía:

HOY CELEBRAMOS LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA, MÁS CONOCIDA COMO EL 'DÍA DE LAS VELITAS'. TODOS INVITADOS DESDE LAS 18:00 HORAS.

Carolina me miró con la boca abierta.

—¡Había olvidado que hoy es 7 de diciembre! —gritó y tomándome de la mano me arrastró adentro de la iglesia. Adentro había comida típica colombiana y todo el mundo hablaba igualito a Carolina. Muchísimas velas y faroles iluminaban la iglesia, y un grupo de niños jugaba a quemarse con la cera y a hacer bolitas de parafina. Me había costado muchísimo encontrar algún lugar donde celebraran el Día de las Velitas, pero finalmente, sin querer, lo había encontrado.

Carolina me miró y me dio un beso en la mejilla. Era el segundo que me daba en la vida.

—Te quiero, Tomás —dijo, y me abrazó tan fuerte que pensé que me iba a ahogar.

Y así estábamos cuando un hombre se acercó a nosotros lentamente mirándonos con curiosidad. Yo supuse que era alguien de la Iglesia que a lo mejor nos venía a preguntar quiénes éramos. Pero entonces me fijé en su rostro y noté que ya lo conocía.

Entonces, instintivamente rodeé a Carolina con el brazo para protegerla, porque él se fue derecho hacia ella para hablarle.

—¿Carolina? —preguntó con la voz quebrada.

Yo di dos pasos hacia atrás mientras veía cómo mi amiga y ese señor se miraban, como estudiándose, antes de fundirse en un abrazo que encerraba muchos años de distancia, de silencio, de lejanía. Un abrazo lleno de lágrimas, lleno de luz y de esperanza en pleno Día de las Velitas.

La celebración seguía su curso pero nadie, excepto yo, parecía darse cuenta de que ahí, en medio de la Parroquia Italiana de Migrantes, la fuerza de las tradiciones había hecho posible que una adolescente linda y triste se hubiera reencontrado con su padre. No habíamos podido encontrarlo en ninguna parte, pero teníamos

razón cuando pensábamos que la fuerza de las tradiciones podría ayudarnos. Hay cosas que nunca dejamos atrás y que nos acompañan para siempre, adonde vayamos, porque nunca dejamos de ser lo que somos por más que estemos lejos de los nuestros. Esta fuerza fue la que permitió que Carolina se reencontrara con un hombre imposible: el hombre que se recostaba en la cordillera y bañaba sus pies en el mar.

ROCA EN EL AGUA
MARCELO GUAJARDO

*Take me now baby here as I am
Pull me close, try and understand
Desire is hunger is the fire I breathe
Love is a banquet on which we feed*

Patti Smith

*Paga por la sopa
Construye un fuerte
Quémalo todo*

Jean Michel Basquiat

El teniente García me llamó de madrugada. “Tengo a tu artista”, me dijo con voz segura, achispada levemente por el entusiasmo de su hallazgo. Y es que estábamos tras él desde hacía un año. Y mi ansiedad por encontrarlo estaba en su punto más alto.

Fue el verano del 2016 cuando vi por primera vez uno de sus grafitis. No eran como los demás, su trazo era suelto y creativo, el uso del color, la seguridad hecha a la velocidad de la huida y sobre todo aquel texto que lo acompañaba. Una frase que salía de toda normalidad, pero que al mismo tiempo interpelaba aquella normalidad. Textos con dos filos que no había leído en años, agrupados en la enigmática sigla SLMM, sin falsos retruécanos y ridículas filigranas de tag. No. La sigla estaba despejada, limpia, legible. El primero que vi fue en el lecho del río Mapocho, bajo el puente Loreto; unas figuras pintadas con gruesos brochazos negros, estaban juntas simulando una danza. Las figuras se tomaban de las manos y la técnica estaba tan bien lograda que al caminar las imágenes cambiaban de posición como si la danza realmente se ejecutase. En el trazo, además, quedaba plasmada la velocidad de su realización, lo que agregaba otro elemento más al talento del artista. Pero lo que realmente completaba la obra era el texto que la acompañaba, enigmático, sarcástico y lleno de significado: “Ronda de la pequeña república negra”, decía, y a continuación se leían las mayúsculas rectas ya citadas, SLMM. Me quedé observando el grafiti por largo tiempo, luego de eso lo fotografié y anoté el día y la hora de su avistamiento. Con los grafitis suele ser todo muy efímero y aquello que estaba contemplando perfectamente podía desaparecer en días, horas o incluso minutos.

Debo decir en este punto que dirijo una pequeña publicación de arte que, sin caer en falsa modestia, se ha granjeado un pequeño espacio dentro de la crítica nacional. En ella, dedico cuanto puedo de mi tiempo al arte y sus realizadores.

El asombro del primer grafiti se repitió algunas semanas después. Era un espacio apenas visible entre dos sucursales de bancos muy bien iluminadas. Era una franja vertical de un hormigón pulido de unos diez metros. Menciono la altura porque tiene que ver con la forma que el artista resolvió el uso del espacio. Una gigantesca figura con traje y corbata sostenía los hilos de dos marionetas, igualmente vestidas, que sostenían otras cuatro marionetas que, a su vez, sostenían a otras seis marionetas. La luz de las vitrinas se posaba en las figuras oscuras, lo que daba la impresión de que las oscuras siluetas salían de la muralla. El autor había tenido muy presente el lugar de su trabajo, seguramente lo había estudiado durante meses. A diferencia del primer grafiti, este estaba hecho en la técnica del estencil, es decir un molde de cartón, latón o papel en donde se deja caer la pintura sea este de una lata de spray o brocha. Bajo el grafiti estaba la misma sigla y el siguiente texto: "La misma tropa, los mismos acertijos, los mismos embaucadores". Lo realmente sorprendente era el tamaño del molde, yo calculo unos ocho metros, por uno y medio de ancho. Nuestro amigo no pudo hacer esto solo.

Me levanté rápidamente y partí a la comisaría. A García lo había contactado porque era uno de mis compañeros en el liceo, aunque él se había salido en segundo medio para entrar a Carabineros. Era la persona indicada para ayudarme a encontrarlo, aunque su sensibilidad hacia el arte estaba, por decirlo de algún modo, en desuso. "Para mí son todos iguales, Bruno", me dijo en su oficina de la Primera Comisaría de Santiago. "Gente que daña propiedad pública y privada. Pero también sé que eres experto en esos temas, así que si dices que el trabajo de ese grafitero es valioso, te creo, haremos lo que podamos para dar con él y entregarlo en las manos del arte", bromeó.

El tercer hallazgo lo hizo un compañero de la revista, en una de las murallas más visibles del Museo de Arte Contemporáneo. Las figuras y el estencil de las otras intervenciones habían dado paso a un arte más suelto, una especie de representación de la misma ciudad, los edificios, la gente, el tráfico, el tono sombrío no había

cambiado pero había agregado algo de color, con la misma velocidad y maestría que le conocía. La ciudad en sus manos adquiriría un dinamismo inquietante, y entre los edificios había dibujado una especie de naves espaciales que sobrevolaban a baja altura el cielo de la ciudad. Eran alienígenas, no cabía duda, y de una de las naves descendía una pequeña figura que nos llamó la atención. Mi compañero le había tomado una fotografía con su celular; al ampliarla, la pequeña figurilla mostraba sus detalles. Era una especie de prócer de la independencia, llevaba un *chaquet* de mil ochocientos y un pañuelo anudado al cuello; en su cabeza sobresalía un tricornio o sombrero de tres puntas con algo que parecía ser una pluma y en su mano derecha una sable en alto. Mirando más de cerca, logramos comprobar que aquella figurita, que ocupaba un lugar pequeño pero relevante en la composición, representaba a un personaje de raza negra.

Andree Eugene Valoire Cedras estaba con la cabeza gacha en una celda pequeña, pero bien iluminada y limpia. Estaba solo, en el rincón más alejado del acceso miraba fijamente la luz del tubo fluorescente, o creía que lo hacía. La verdad era que tenía los ojos cerrados y pensé que lo que hacía era inundar sus ojos con esa luz blanca que de intensa atravesaba sus párpados. Era solo un niño, de quince años probablemente, tal vez menos. Delgado y esmirriado, con sus cabellos oscuros ensortijados como resortes tomados en la coronilla de la cabeza, vestía un overol de mezclilla tan gastado, que el azul marino del *denim* era más bien una tela oscura atravesada por filigranas y manchones de color. Su piel negra apenas se distinguía de los bordes, a no ser por las gafas grandes, de marcos delgados y dorados, como las de un niño blanco prodigio de Silicon Valley. Al sentir mi presencia y la del carabinero que me acompañaba, abrió lentamente los ojos y nos ofreció una amplia y tranquila sonrisa.

La figurilla escondida en el grafiti era Toussaint Louverture, héroe de la temprana independencia de Haití. Fue esclavo de una plantación en Breda, el lado francés de la isla de Santo Domingo. Aprendió por sus medios a leer y escribir, lo que le permitió conocer aquellos textos de las nuevas ideas de la Revolución francesa. Siendo un hombre libre, Louverture lideró la guerra de independencia de Haití, la primera república libre en América. Su imagen y la de sus compañeros quedó en la retina de la historia: revolucionarios negros vestidos a la usanza

de Dantón o Marat. Ese minúsculo Toussaint era su huella digital. Con esa referencia nos reveló su pintor más admirado y de paso nos dio pistas de su nacionalidad y su raza.

Jean Michel Basquiat nació en Nueva York, pero era hijo de inmigrantes haitianos. Abandonó su casa muy joven para vagabundear por la ciudad y realizar sus primeros grafitis. Vendiendo pequeños dibujos conoció a Andy Warhol, por entonces el sumo pontífice del arte neoyorquino. Su influencia permitió que Basquiat llegara al límite de su capacidad creadora pero también, en cierto sentido, lo convirtió en una criatura de exposición. En su etapa de calle, previa a la fama, Basquiat firmaba su trabajo como SAMO, versión abreviada de la expresión en inglés *same old shit*, lo que en español significa "siempre la misma mierda", clave de la sigla SLMM.

El acuerdo con García era simple: lo detenía, lo dejaba lo menos posible en la comisaría y me llamaba. Yo lo sacaba de allí llenando el papeleo y listo. Todo bien hasta ahí, pero el asunto no iba a ser tan fácil. Como era menor de edad había que contactar a la familia y si no se lograba concretar esa comunicación había que llamar al SENAME. Los carabineros lo habían encontrado durmiendo junto a otros vagabundos bajo uno de los puentes del Mapocho, mojado, con frío. Estaba junto a unos perros y algunos tarros de pintura y brochas. Era un menor de edad en situación de calle, el Estado debía poner en marcha los procedimientos para cuidarlo.

—Mira, Bruno. La situación de André no es nada fácil. Estoy obligado a llamar al SENAME. No pudimos ubicar a sus padres, al parecer no han regularizado su situación en Extranjería. Andree no va al colegio, está evidentemente mal alimentado y seguramente ha consumido de todo. Tengo que dejarlo aquí hasta que veamos qué responde el SENAME o si aparece pronto alguno de sus padres. Por ahora solo te puedo dejar que converses con él aquí, en la comisaría.

—Entiendo, García. Acepto tu oferta y te lo agradezco —le contesté sin cuestionar sus términos.

Pocas veces estuve ante alguien para quien el valor del arte estuviera en estado tan puro. Valoire era un asceta de nuestro mundo, un pararrayos en el que se descomponía molécula a molécula el alma de una época.

—Soy una piedra en el agua *zanmi mwen* —me dijo Valoire. Así les dicen a los haitianos que han abandonado la isla y les dicen así porque el peso los vence, se hunden en la nostalgia, la lejanía de la patria—. Soy una piedra pero también soy de agua, agua y piedra

zanmi mwen, lanzado al vacío. Pero creo que necesitas algo más concreto. Ustedes son así, quieren saber de dónde salió uno, de dónde vino este negro. Bueno, fue así. Tenía siete años y un gran terremoto botó nuestra casa. La verdad, el terremoto botó todo el país, incluso la casa de gobierno. No estábamos acostumbrados, ni nosotros ni las casas. Luego del gran remezón no volvimos a ver a mi padre. No supimos si estaba vivo o muerto, mi madre quiso pensar que estaba muerto y con eso nos quedamos. Huérfano de padre y con la casa en ruinas. Odiseo es un cliché difícil de superar, *frè mwen*; esta vez Odiseo era una mujer negra con un pequeño hijo en sus brazos.

Llegamos a Chile con lo puesto. El frío fue lo primero a lo que me tuve que acostumbrar. Mi madre consiguió un trabajo en una casa rica de la ciudad. Ella tenía estudios de arte y literatura en Haití, pero aquí eso no le servía para nada. Había que llevar comida a la mesa. Ese tiempo fue duro para ella. Era la única mujer negra en un barrio de chilenos y solo algunos peruanos. Además de nuestra lengua, el creole, mi madre hablaba inglés, fue por eso que pudimos sobrevivir. Ella misma llegó a ofrecer sus servicios a la casa que la contrató como sirvienta. Supongo que los patrones quedaron impresionados con una negra que hablaba inglés. Arrendamos una pieza de madera en una casita de Quilicura. Entre las tablas se colaba el frío del invierno y el calor del verano.

Comencé con los grafitis en séptimo u octavo, no estoy tan seguro. El dibujo siempre había existido en mi vida. Recuerdo que mi madre conservó los garabatos que de niño había pintado en la pared. En ellos estaba el paisaje que rodeaba la casa. Escombros y tarros oxidados, espinos pequeños, casi como bonsáis por la falta de agua, y piedras, muchas piedras, un poco de hierba bajo los arbustos que duraba hasta el inicio del verano y no mucho más; las montañas, por supuesto, rodeándolo todo: a lo lejos, se repetía el mismo paisaje, las piedras y los pequeños espinos salpicados sobre lo seco. En el verano el sol golpeaba sin clemencia las casitas apiñadas en los bordes de la ciudad.

Mi madre se deslomaba trabajando. Entraba a las ocho, por lo que se levantaba a las cinco, me dejaba en la casa de una vecina a quien le pagaba bastante más de lo razonable y regresaba a las nueve de la noche. Eso de lunes a sábado. Los domingos descansaba.

Al principio era el único negro de la escuela. No recuerdo rechazo de mis compañeros, pero sí de los adultos; una mirada que se queda más de lo normal, una leve tensión entre la boca y la nariz, leve muy leve, imperceptible para las demás personas. La llegada al liceo cambió mi escenario personal. La periferia es una cosa, el centro de la ciudad es otra. En muchos sentidos es ir de un pueblo a una ciudad. Continué siendo el negro de la clase, un bicho raro, pero esta vez no eran los padres los que se me quedaban mirando. Mi primera golpiza la recibí en ese lugar.

“¿Sabís que los mapuches les raspaban con coronta de choclo la piel a los negros, para sacarles la mugre?”, me dijeron un día. Y re-fregaron una por mi cara hasta hacerme sangrar.

Por esos días mi madre había conseguido algunos sábados libres. Luego de varios años trabajando en el mismo lugar le habían subido el suelo y nos alcanzaba para arrendar una casita para nosotros en la población. Decoramos la casa con algunas imágenes de Haití que había sacado de internet. Para mí la isla era una idea lejana, un pequeño pedazo de tierra en el mar, movido por la fuerza del viento y las olas. Me gustaba pensar en la isla como si fuera un barco, surcando mares y llegando a puertos en continentes nuevos. Me gustaba pensar que con mi madre habíamos llegado a Chile navegando en una isla.

Sus patrones se estaban cambiando a un departamento más chico, así que aquellas cosas que no pudieron trasladar se las dieron mi mamá, entre ellas unos enormes libros de mesa, editados lujosamente. Hubo uno que me llamó la atención: se trataba de otra piedra haitiana, pero él había nacido en el agua de Nueva York, el agua de Brooklyn.

—Jean Michel Basquiat —dije.

—*Wi, zanmi!* Su descubrimiento fue como pisar la luna.

Mi madre se casó nuevamente con un buen hombre, viudo, bastante mayor que ella. Frecuentaban una iglesia pentecostal de la población. El orden de los evangélicos sirve mucho en la vida diaria de una población, pero no es el mejor escenario para inclinaciones artísticas, menos el arte callejero. Derechamente Víctor, el marido de mi madre, y ella misma, consideraban no sé qué sacrilegio al arte callejero.

Así que luego de un par de discusiones muy feas me fui de la casa. Tenía catorce años. Tengo amigos, no crea que estoy tan solo.

El Jano y el Cebo, chilenos. Hemos andao en caletas y bajo el puente. Me ayudan en los grafitis, el del banco por ejemplo, hicimos unas poleas desmontables, usamos la cornisa para descolgarnos, los polis estaban realmente cerca. Pero nos salió bien.

—Creo que es unos de los mejores trabajos que has hecho —dije.

André había puesto sus rodillas en el pecho, estaba sin calcetines y en esa posición parecía aún más pequeño y vulnerable. Se balanceaba lentamente, levantaba la vista hacia la lámpara y cerraba los ojos, tal como lo había encontrado cuando llegué. El carabinero que me acompañaba debió haber considerado que aquel niño prodigio y errante y ese otro intelectual frágil no representaban ninguna amenaza por lo que nos había abandonado.

—Haití fue la primera colonia libre —continuó—. Los esclavos cimarrones, aquellos que habían abandonado las plantaciones, iniciaron la revuelta. Algunos aprendieron a leer y las ideas de la Revolución francesa se expandieron como la yesca que enciende el campo. Es curioso, el idioma, el orgullo de Francia, sirvió también para perder sus colonias. La esclavitud no ha terminado, Bruno, nunca terminó del todo. Yo soy un cimarrón igual que aquellos que liberaron la isla.

Pensé cómo y dónde había escuchado mi nombre. Daba lo mismo, personas como André están fundidas con la ciudad, mezcladas con todos los acontecimientos, las conversaciones. Me intrigó saber cómo subsistía, dónde comía. Supe después que vendía grabados y estenciles de pequeño formato en el barrio Lastarria; dormía en distintos lugares de la ciudad, bajo los puentes, cornisas, a veces con otros vagabundos, otras solo. André iba y venía por la ciudad, un habitante invisible, unido al paisaje que avanza sin detenerse.

—Bruno, ¿puedo hablar contigo? —me dijo de pronto García.

Había entrado sin que me diera cuenta, mientras contemplaba a André mecerse como un niño con los ojos cerrados vueltos a la luz.

—Bruno, hemos averiguado parte de su historia. Hace años que no va a la escuela. Sus amigos son cabros perdidos en la población, algunos con prontuario, su madre es buena mujer, pero su padrastro es muy duro con él y no lo reciben bien en su casa mientras siga con las malas juntas y los grafitis. Es un vagabundo, Bruno, está solo y sus influencias son terribles. Pasará muy poco tiempo hasta

que se vuelva un delincuente. Tengo que entregarlo, Bruno. Mira, yo sé que tú conoces de esto, que para ti el arte es fundamental, eso lo puedo entender, pero por encima de todo está la ley. Si no la obedecemos, qué nos queda, dime, qué nos queda.

Su pregunta quedó resonando en mi cabeza. Entendía la lógica de sus palabras, el modo de relacionarnos en la ciudad depende de ello, pero no podía soportar la idea de verlo encerrado.

—Amigo, le contesté, un último favor. Déjame conversar con él un rato más antes de que eches a andar la relojería de la ley, por favor.

—Está bien, Bruno. Unos minutos más.

Volví con Andree rápidamente. Sabía que García ya estaba haciendo el papeleo para dejarlo en un régimen cerrado, sabía que no se iba a arriesgar, que no dudaría ni un segundo en hacer su labor.

Lo encontré en la misma posición tarareando el estribillo de una canción. Me pareció escuchar a Patti Smith cantando "Because the Night".

—André, escúchame, no hay mucho tiempo. Me tienes que acompañar —le dije, abalanzándome sobre él, atento al rabillo del ojo por si venía García—. Estás en problemas. Tus amigos han estado metidos en cuestiones raras, la policía te quiere aquí para que testifiques en su contra y de paso dejarte encerrado en el SENAME.

Le hablaba tan alto como me era posible en el susurro en que se había convertido mi voz, pero André estaba absorto en sus cavilaciones, con los ojos cerrados aún y ese balanceo que en aquellas circunstancias ya era molesto.

—André, por favor —le repetía, revisando en mi mente la ruta que había trazado a la salida. Esto era por mucho lo más arriesgado que había hecho en mi vida

André seguía con su silencio hasta que, de pronto, abrió sus grandes ojos negros y me dijo:

—Lo que tú digas *zanmi mwen* —y levantándose como un rayo enfiló por la celda entreabierta hacia la salida.

Yo quedé tan sorprendido que permanecí inmóvil un par de segundos. Lo seguí por la misma ruta que yo había elaborado en mi mente; por la celda, hacia el pasillo, por el baño hasta la ventana y de ahí al patio trasero y la salida. Cuando entramos al baño pude escuchar los gritos de García y luego los pasos de él y los suyos apresurados por el pasillo. André y yo saltamos al patio y de dos

brincos estábamos fuera de la comisaría. Cuando caí al suelo, levanté la vista y solo pude ver sus zapatillas sin calcetines corriendo a toda velocidad calle abajo y escuchar un “¡gracias, *zanmi mwen!*” que se perdía en la oscuridad.

No lo volví a ver. García me contó algunos meses después, luego de que perdonara mi imprudencia, que sus amigos habían caído por microtráfico y que ambos, ya mayores de edad, pasarían una temporada en la cárcel. De André nada se sabía, se había esfumado, sumergiéndose en el bajo fondo del que era su fantasma, su niño radiante y secreto.

Pasó un año completo. La revista seguía imprimiéndose a pesar de los balances cada vez menos alentadores. La vida artística de Santiago estaba en un momento estelar; por todos lados surgían pequeños colectivos de gran fuerza creativa, críticos, arte callejero, danza. Completamos el número veinte de la publicación y en páginas centrales habíamos incluido una completa monografía de André Eugene Valoire Cedras. Incluimos las fotografías de sus catorce grafitis conocidos, algunos ya estaban circulando en portales de arte especializado. Hicimos reproducciones de su trabajo, que el día del lanzamiento se vendieron con gran éxito. La reseña había traspasado nuestra publicación y otras revistas especializadas. Algunos diarios que cubrían arte habían incluido artículos y fotografías. Fui especialmente celoso de la biografía de André, publicamos su nombre y el lugar de nacimiento como un acto de reparación, pero omitimos todos los demás detalles.

Sucedió dos días después del lanzamiento de la revista, cuando volvía de comer precisamente con mis colegas: la noche era agradable, caminaba por la costanera Andrés Bello y lo vi. Era un estén-cil pequeño, pero muy expresivo. Una estampa de estilo barroco latinoamericano que imitaba hábilmente el fierro forjado, como las marcas que recibía en la piel el ganado y también... los esclavos. En el relieve estaba la historia de América, que era la historia de André,

las carabelas del descubrimiento, los barcos de esclavos, las plantaciones, su huida, la huida de su madre, el terremoto, la escuela y el liceo en Chile, los golpes, la pobreza, su propia huida de la casa, el arte callejero. Y en la base del cuadro su declaración de principios. La declaración de un sobreviviente:

Mi patria es una isla, la mitad de una isla. No puedo recordar mucho de ella. Sé que está en el mar Caribe y los vientos y las olas la mecen lentamente. Me gusta pensar en mi isla como una cuna mecida por el mar. Aquí hay montañas que de tan cerca pareciera que se te van a caer encima. Chile y su gente son como rocas: ásperas, cortantes, muy duras. Mi gente es de agua, agua de la isla, la cuna del mar mecida por las olas. Yo soy parte piedra y parte agua. Haitiano y chileno, ola que mece la piedra.

Caminé a mi departamento lentamente, disfrutando la tibia noche. Al día siguiente habría que actualizar el último número de nuestra revista.



SERGIO GÓMEZ

Nació en Temuco. Creador de la Zona de Contacto, suplemento del diario El Mercurio que renovó la cultura juvenil chilena, es autor de una decena de libros y acreedor de diversos reconocimientos internacionales. En 2008 y 2012 ganó el Premio El Barco de Vapor Chile con sus obras *El canario polaco* y *Los increíbles poderes del señor Tanaka*, publicados en la serie roja de la colección El Barco de Vapor.



MARCELO SIMONETTI

Periodista, escritor y guionista. Escribe columnas para la sección Deportes del diario La Tercera. Ha publicado los libros *El abanico de madame Czechowska* y *La traición de Borges*, obra que recibió el Premio Casa de América en 2005 (España). En SM publicó su primera novela infantil y juvenil, *Tito*. El año 2015 escribió junto a Rodrigo Jordán la novela juvenil *Horizonte vertical. Ascensión al Everest* basada en la expedición liderada por el mismo Jordán que logró conquistar la cumbre del monte Everest el año 1992.



ANDRÉS MONTERO

Escritor y narrador oral. Ha ganado diversos concursos literarios, entre los que destacan Premio Clarín de Novela, Premio Teresa Hamel, Premio Roberto Bolaño, y Concurso de cuentos de Revista Paula. Publicó los libros *Tony Ninguno (La Pollera)* y *Alguien toca la puerta. Leyendas chilenas (SM)*. Actualmente, se desempeña como profesor de creación narrativa y cuentacuentos, y realiza giras con la Compañía La Matrioska.

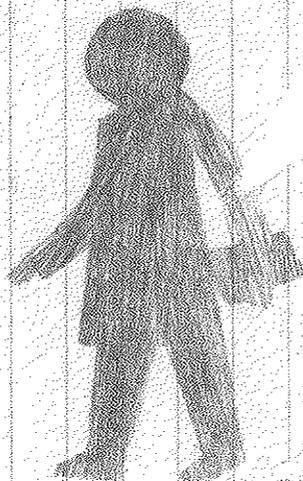
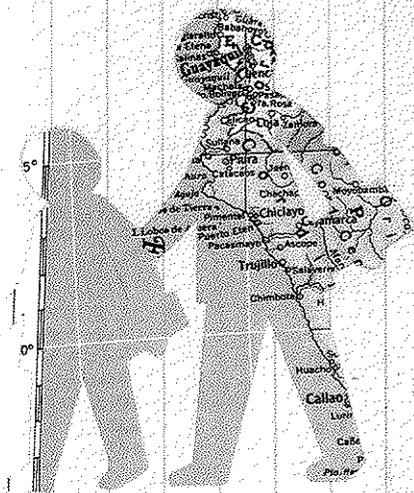


MARCELO GUAJARDO

Poeta, periodista y Magíster en Literatura. Fue becario de la Fundación Pablo Neruda durante el año 2003 e incluido en la antología *Cantares de Nueva poesía chilena* compilada por el poeta Raúl Zurita en 2004. El año 2014 ganó el Premio El Barco de Vapor Chile por su obra *La bicicleta mágica de Sergio Krumm*, inspirada en la figura de Sergio Tormen, campeón nacional de ciclismo que fue detenido y desaparecido en la dictadura chilena.



En un ejercicio literario y social, estos cuatro escritores retratan los cambios que experimenta nuestro país, exponiendo las vivencias de quienes emprenden nuevos rumbos en tierras extranjeras. Las historias contenidas en este libro ahondan en los deseos y búsquedas de los miles de inmigrantes que se abren caminos y posibilidades en otro país, imaginando las vicisitudes, sentimientos y pensamientos que experimentan en las vidas que construyen en el Chile de hoy.



GRAN
ANGULAR



Cuatro historias de jóvenes en búsqueda de su identidad y lugar en el mundo.

El movimiento desde un punto geográfico hacia otro conlleva serias transformaciones en la vida de quienes lo experimentan. El dolor genera surcos que pueden desviar el rumbo de un sujeto en este proceso de cambios y adaptaciones. Sin embargo, la inherente necesidad de aprender hará que los protagonistas de estas historias vivan algunas de las revelaciones más importantes de sus vidas.

182915
ISBN 978-956-363-231-6



9 789563 632316